



EXCMO. AYUNTAMIENTO

ALCOY

19





7

* EXGMO.

BIOGRAFÍAS

DE TRES ALCOYANOS ILUSTRES

TEMA PROPUESTO POR EL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE ALCOY

Premiado en los *Jochs Florals*
celebrados en Valencia por la ilustre Sociedad

Lo Rat Penat

EN JULIO DE 1896

ESTUDIO BIOGRÁFICO

POR

D. José Vilaplana Gisbert, Pbro.

Beneficiado de la parroquia de Santa María de Alcoy
y Cronista de ~~esta villa~~

Este libro ha sido donado a la Biblioteca
del Despacho de Sres. Concejales de este
Excmo. Ayuntamiento por

siendo recibido y registrado en la misma
por LEMA

Alabemos á los varones ilustres...
ricos en virtud, solícitos del decoro,
pacíficos en sus casas.

(Libro del Eclesiástico, capítulo 44).

ALBERTO E. GARCIA RODRIGUEZ

Tomo número 69

Fecha de Clasificación
Alcoy 28 de Mayo de 1973

ALCOY

IMPRENTA DE CAMILO VILAPLANA Y COMP.

Plaza de San Agustín, 4

1896

12-5719

92
VIL
Bio



BIBLIOTECA

DE TRES ALCOYANOS ILUSTRES

TERCER LIBRO DE LA BIBLIOTECA DE TRES ALCOYANOS ILUSTRES

El arte de escribir

CON LA APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

**Excmo. Ayuntamiento de la ciudad de
Alcoy:**

La ilustre sociedad mantenedora de la lengua valenciana, LO RAT PENAT, ha premiado en la ostentosa fiesta de los Jochs Florals, celebrados en la capital de este Reino, los Estudios biográficos de tres alcoyanos ilustres, cuya memoria estaba relegada al olvido.

El laureado, como sincera manifestación de amor y respeto, dedica las Biografías de dichos tres alcoyanos, al Excmo. Ayuntamiento de Alcoy, en cuyo seno tuvo origen tan patriótico pensamiento.

Atento y afecto Capellán,

José Vilajilana

Cronista de esta ciudad.

PROTESTA DEL AUTOR

Con la más rendida sumisión á los decretos Apostólicos del Sumo Pontífice Urbano VIII (expedidos en los años 1625, 1631 y 1634) declaramos: Que en todo cuanto hayamos escrito en estas BIOGRAFÍAS, así de hechos portentosos y extraordinarios, como de personas venerables por sus virtudes y santidad, de ninguna manera pretendemos que, á los hechos sobrenaturales, ó á las palabras milagros, venerables, santos, se les dé otro valor y crédito, que el que merecen la piedad cristiana y el juicio puramente humano, sin intentar, bajo ningún concepto, separarnos ni adelantarnos á la infalible enseñanza de la Santa Iglesia Romana, nuestra Madre y Maestra. Con la cual protesta, llenamos las indicaciones del Censor, el M. I. Sr. D. Roque Chabás, Canónigo, nombrado al efecto por el Emmo. Cardenal Arzobispo de esta Diócesis y con la conformidad del Sr. Gobernador Eclesiástico.

Á MANERA DE PRÓLOGO

Respondiendo el Excmo. Ayuntamiento de Alcoy, á la invitación de la ilustre sociedad valenciana *Lo Rat Penat*, para tomar parte en los *Jochs Florals* que han de verificarse en la Capital del Reino, en 28 de Julio del presente año, ha escogitado, dicha Excmo. Corporación, por tema, las biografías de tres hijos de Alcoy, cuyas virtudes religiosas ó cívicas les hicieron dignos de alabanza.

Con este fin, el Excmo. Municipio ofrece un premio al que con mejores condiciones llene el trabajo propuesto.

¡Pensamiento altamente patriótico! Porque, reproducir la gloriosa memoria de tres alcoyanos, que consagraron su vida y sus talentos al servicio de la religión, de la ciencia, de las artes, de la patria, ya fuesen admirados por sus contemporáneos ó permanecieran en el olvido á causa de su modestia ó de la incuria de los tiempos, es estimular á las generaciones que les suceden á que aspiren á imitar la virtud de los que edificaron á sus contemporáneos con excelentes ejemplos; es hacer ver que en los diversos períodos de la historia, no faltaron alcoyanos ilustres en virtud y saber; y es, también, dar á la madre patria el honor que le pertenece por tales hijos.

Para cumplimentar dicho tema, hemos elegido tres personajes que cada uno de por sí mereció la aureola de los varones ilustres.

Como sacerdote espiritual y estático, presentamos á Mosén Gregorio Ridaura, Beneficiado de la Seo de Valencia; como inteligente industrial y de corazón magnánimo al Doctor Mosén Vicente Albors, Pbro., Beneficiado de nuestra parroquia de Santa María; como hombre de vastos conocimientos en ciencias naturales, á D. Pedro Cort Perotin.

Los tres son tipos que no pueden confundirse. Por distintos rumbos llenó cada uno su providencial misión.

La historia y la tradición legaron en diferentes formas sus loables hechos, que el tiempo se encargó de esparcir y confundir en la región del olvido.

Nosotros hemos acometido el trabajo de recogerlos, para formar sus biografías.

Los ilustrados señores que componen el Jurado de este Certamen literario, juzgarán de su realización.

EL AUTOR.

Alcoy 23 de Julio de 1896.

BIOGRAFÍA

DE

MOSEN GREGORIO RIDAURA Y PEREZ

NATURAL DE ALCOY Y BENEFICIADO DE LA SEO DE VALENCIA

I

Damos principio á este estudio biográfico de tres alcoyanos ilustres y distinguidos, con el del popular **MOSEN GREGORIO RIDAURA**.

Baste el bosquejar los principales rasgos de este personaje, para sentir interés por él. Era, como solemos decir, todo un tipo. Conservó en toda su pureza y fuerza lo que constituye el carácter particular de hijo de esta noble tierra, embelleciéndolo y agraciándolo con los encantos de la virtud más sólida y más hermosa que puede fantasearse. Fué un alcoyano de abolengo, es decir, un hombre franco, abierto, de buen humor, y á la vez... un santo (en el sentido genérico de la palabra) esto es, un alma rebosando amor de Dios y del prójimo, por cuyo bien estaba dispuesto á sacrificarse á toda hora.

Así Mosén Gregorio Ridaura se presenta grande, con una grandeza especial, hasta el punto de que su fisonomía moral no puede confundirse con otras. Por ello *Mosén Gregori* es tan popular en Valencia como en Alcoy, y así debía serlo el que jamás se desdeñó en su lenguaje, en sus dichos y carácter de ser un completo alcoyano.

Para entrar de lleno á relatar la biografía de nuestro héroe, copiamos del libro de Bautismos del Archivo de Santa María

de Alcoy, que contiene los años de 1633 á 1660, la partida de *Mosén Gregori*, y la copiamos literalmente para que, como por fonógrafo, oigamos el lenguaje que hablaban nuestros abuelos. Dice así:

„A catorce de Maig de mil siscens cuarantaü: Yo Mosén Ginés Pascual, Vicari, bategi segons lo ritu de la Santa Iglesia á Gregori, Juan, Bonaventura, fill de Juan Ridaura y de Vicenta Perez, Conyuges. Padrins Vicent Aiz, Ciudadá y Angela Perez y de Mira.,,

Este niño es el Venerable Mosén Gregorio Ridaura, que tanta gloria había de dar á Dios; tan esclarecidos ejemplos de edificación dejó á sus contemporáneos y á los venideros, y tantos motivos legó á todos, para suspirar por el cielo.

Sus padres Juan y Vicenta, si no eran ricos en bienes materiales, lo eran en virtudes, sin que les faltaran títulos de nobleza, como luego podrá verse.

Fueron muy estimados en el pueblo; y de ellos se lee en memorias contemporáneas, que ofrecían todos los días las primicias al Señor, oyendo la misa que á las cuatro de la mañana se celebraba en la iglesia del Convento del Doctor San Agustín. Comulgaban en las festividades de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, y eran tan caritativos con los pobres, que cuando no tenían qué darles, la madre les llamaba para limpiarles ó remendarles la ropa. Muy excelentes cosas dicen los cronistas en alabanza de estos cristianos padres, pero dicen mucho más las virtudes de su esclarecido hijo.

Estudió Gregorio en su patria las primeras letras, hasta la Gramática latina, y ya entonces presentábanle sus maestros á los demás estudiantes como ejemplar de virtud y aplicación, diciendo uno de sus biógrafos: “que en el aula aprendía á traducir y hablar como latino, pero en el templo aprendía á tener oración y á obrar como cristiano.,” (1)

La iglesia del Convento de San Agustín, cerca de la cual vivía, era el lugar donde siempre le encontraban, á las horas en

(1) El Doctor Pedro Granel, en la oración fúnebre por el Venerable Ridaura. —Imprenta de García en Valencia. 1704.

que los demás niños se entretenían en pasatiempos de su edad. Era muy inclinado á oír y ayudar misas, admirándose siempre la compostura y devoción como ejercía dichos actos.

Aun no tenía Gregorio la edad en que regularmente son recibidos los niños á la primera comunión, y presentóse un día al Cura de la Parroquia diciéndole que quería comulgar. Extrañó al párroco que un niño tan pequeño le hiciese por sí solo esta demanda; le examinó y vió que estaba bien dispuesto, mas, para entretenerlo, le puso la dificultad de que no tenía capa. Se fué á casa y con lágrimas, consiguió que sus padres se la hicieran. Ya puesto de capa y con el debido permiso, después de confesado, presentóse á recibir la comunión antes de los siete años, siendo tal la devoción con que se preparaba á este acto importantísimo de la vida cristiana y daba gracias después de haber comulgado, que preguntándole en cierta ocasión una señora si le sabía bien aquel bocado, contestó que no había gustado otro mejor en su vida. (1)

Yendo á escuela, se atrevió otro niño que asistía á la misma á proferir algunas palabras poco honestas en su presencia; y quedó tan apesadumbrado el corazón del casto Gregorio, que á pesar de su mansedumbre, acusó al niño ante el maestro. Quiso éste conocer textualmente la gravedad de las palabras que había proferido aquel niño para darle el correspondiente castigo, y precisó á Gregorio á que confidencialmente las repitiera, pero no hubo fuerzas para hacérselas pronunciar. Semejante al armiño que consiente antes ser cogido que manchar su cándida piel, así hubiera consentido Gregorio cualquier castigo, antes que inficionar, con la repetición de aquellas malas palabras, su casta lengua.

A los catorce años fué acompañado por su padre á Valencia, y matriculado en Filosofía en la Universidad; ya entonces decían algunos de sus compañeros, que en Ridaura tenían un condiscípulo que les estimulaba al estudio y un maestro que les contenía con su ejemplo. (2)

(1) El Doctor Miguel Sánchez en el sermón de Exequias del Venerable Mosen Gregori Ridaura.—En Valencia, imprenta de J. Bordazar 1704.

(2) En el mismo sermón.

Después de haber llegado á la Capital, de lo primero que se ocupó, fué de la elección de confesor; y gozando entonces de gran fama en la dirección de las almas el Venerable Padre Domingo Sarrió, de la Congregación de S. Felipe Neri, eligió el jóven Ridaura á este santo varón para que dirigiese su espíritu. El concepto que el Padre Sarrió formó de este su espiritual hijo, no tardó en manifestarlo á otro Venerable Sacerdote, diciéndole "algún día se sabrá quién es Ridaura.", (1)

Entró en el colegio del Patriarca en clase de familiar (2) y en aquel templo, en donde tan solemne culto se tributa al Adorable Sacramento del Altar, acrecentó el fervor y la devoción que en su patria y al lado de sus padres, había recibido hacia tan Augusto Sacramento. Allí, como abeja solícita que va y viene muchas veces á visitar su panal, así el joven familiar, cuando vacaba de sus ocupaciones, iba solícito á visitar al Santísimo Sacramento.

Algunas veces salía de la Real presencia con el rostro mudado y como fuera de sí, lo que daba lugar á que los colegiales y superiores, en sentido místico se chanceasen con él. (3)

Concluida la carrera de Teología y careciendo de título para ordenarse, continuó en el Colegio de Corpus Christi, esperando que hubiera oposiciones ó que el Prelado dispusiera de él. Pero no satisfaciendo á su familia esta dilación, por medio de un hermano suyo, Religioso de la Orden de San Agustín, aprovecharon el parentesco que tenían con Don Marco Antonio Sisternes, Auditor de la Real Audiencia de Valencia; y del M. I. señor Don Melchor Sisternes, Regente del Consejo Supremo para que le recomendasen al Prelado. (4)

(1) El P. Domingo Sarrió. Apuntes sobre la vida del Venerable Mosen Gregorio Ridaura.

(2) En 1661, se fijaron edictos para tres colegiaturas de beca, para las que hubo 16 opositores, entre ellos Gregorio Ridaura y Pérez de Alcoy. No fué Ridaura de los agraciados, pero teniendo los Superiores del colegio, buenos antecedentes de su virtud y aplicación, le ofrecieron después de las elecciones de colegiales, la plaza de fámulo, la que aceptó con más alegría que la beca, por ser este cargo más conforme con su humilde carácter.—Notas del Dr. Isidro Planes, presbítero, colegial contemporáneo á Gregorio Ridaura, tomadas del archivo del colegio del Patriarca.

(3) Pavorde Doctor Esteban Dols en la oración fúnebre por el Venerable Mosen Gregorio Ridaura. Impresa por Diego Vera. Valencia 1705.

(4) D. Marco Antonio Sisternes y Torregrosa, Caballero del hábito de Monte-

Estos recabaron una carta de recomendación del Excelentísimo señor D. Cristóbal Crispi de Valdaura, Vice-Canciller del Supremo, quien entonces ejercía grande influencia en la Monarquía, para el Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis Dr. Fr. Juan de Rocaberti, recomendándole á Gregorio Ridaura para que lo tuviese presente en la primera prebenda que vacase. Esta recomendación unida al general concepto que se tenía de la extraordinaria virtud del joven Ridaura, y ser al mismo tiempo muy aventajado moralista, hubiera dado el resultado que su familia deseaba. (1) Pero leyó Gregorio la carta y volviéndola á cerrar, la remitió á su hermano dándole las gracias, y diciéndole: Que no se fatigase por buscarle recomendaciones, pues Dios ya tenía determinado el empleo en que había de vivir; y que al fin, con un beneficio de familia tenía bastante.

Cuando personalmente le vió su hermano, quejóse de que no hubiera dado curso á la recomendación del Canciller, y por contestación le dijo: *Estic content y alegre, perque soc com un teuladí davall la teula que el Arquibisme pot ficar la ma y agarrarlo cuan vullga.* „

Vacó, por fin, en la catedral uno de los Beneficios ó Capellanías, fundación de los Ilustrísimos señores de Covarrubias, y fué ordenado á título de este Beneficio de sangre. (2)

Todo en el joven Ridaura edificaba y hacía augurar cosas notables en el desenvolvimiento de su vida. Era humilde y huía de todo honor y distinción; sencillo en las formas, insinuábase con

sa y de S. Jorge de Alfama, fué hijo de esta Villa, y primo hermano del abuelo de nuestro Ridaura. El esclarecido talento que le distinguió, como su probada virtud, le merecieron la privanza del Rey, quien le distinguió con muchos y honoríficos cargos, entre ellos el de Auditor de la Real Audiencia de Valencia. Fué padre del noble é ilustre D. Melchor Sisternes, Regente del Consejo Supremo.

(1) En los años que permaneció Ridaura sin ordenarse después de concluida la carrera, asistía á las conferencias de Teología moral en la Congregación de San Felipe Neri, y varias veces dijo el Padre Prepósito del Oratorio que las presidía: "Buenos estudiantes tiene la Academia y hay en el Arzobispado, pero mejores que Ridaura ninguno."—Domingo Sarrió: Apuntes sobre la vida del Venerable Ridaura.

(2) En el arbol genealógico que Mosen Gregorio Ridaura acompañaba á la solicitud por la obtención del Beneficio de los Ilustrísimos señores de Covarrubias, aparecía entroncado con este linaje y con derecho á él, según la cláusula de fundación y como á tal, obtuvo la posesión canónica.

Del Archivo Beneficial de la Curia, en el Palacio Arzobispal.

naturalidad y gracia, hablando, salvo raras escepciones, el dialecto del país, pero siempre con la intención de alejar á las almas del pecado y atraerlas al amor de Nuestro Señor Jesucristo, en el que estaba abrazado.

El principal estudio de Mosen Gregorio Ridaura en todas las circunstancias y épocas de su vida, fué alejarse de toda culpa y resistir á la concupiscencia por medio de la mortificación, humildad, paciencia, pobreza y otras virtudes.

Vencida esta primera trinchera, robusteció y fortaleció su alma con el ejercicio del celo y de la caridad con los pecadores, con los enfermos, con los pobres, con las Almas del Purgatorio y con todos los que de cualquier manera sufrían.

Rica ya su alma con estos bienes y frutos de la gracia, suspiró más vivamente por el Sumo bien, le buscó hasta hallarle, y unido ya á él, gozose en su posesión y su amor por la contemplación y trato íntimo.

Estos tres estados, por los que el alma vuela en busca de su amado, como el sediento siervo busca las fuentes cristalinas, las corrió nuestro Ridaura sin manifestar desfallecimiento ni cansancio en ningún periodo de su vida.

Con poco más de lo expuesto, bastaría para colocar á Mosen Gregorio Ridaura entre los sacerdotes que más honraron á esta diócesis con una vida ejemplar y santa en todo género de virtudes. Empero, por ser estas muchas y de muy pocos conocidas, pues solamente la tradición recuerda algunas y otras de una manera difusa se hallan esparcidas en los escasos ejemplares que quedan de los sermones de honras fúnebres, predicados en las exequias de este Venerable, nos consideramos en el deber de consignar algunas de dichas virtudes para edificación de todos, y en particular de sus compatriotas.

II

En cuanto á alejarse de toda culpa, fué ingeniosamente severo consigo mismo, consignando el Venerable Padre Sarrió en los apuntes que dejó sobre la vida de Gregorio Ridaura; y testificó luego el confesor que le sobrevivió y continuó dirigiéndole

veinte años: "Que el sacerdote Mosen Gregorio Ridaura se conservó toda su vida sin culpa, actual grave; y de las leves se guardó tanto, que en los 20 años últimos de su vida que le había dirigido, no le presentó culpa venial cierta para materia de la confesión, por lo que le hacía presentar materia venial cierta de la vida pasada.,, (1)

Y no obstante esta limpieza de conciencia; sentía tan baja mente de sí mismo, que se reputaba por el mayor de los pecadores; y de tal manera se confundía al verse elevado á la dignidad de Sacerdote, que escribiendo á su hermano le decía: "Conozco tan claramente mi indignidad que si hubiera de tomar ahora estado, me contentaría con ser un pobre donado, ó un humilde pastor.,,; y estas manifestaciones de humildad y de pobreza de espíritu, eran tan espontáneas y naturales en Ridaura, que se le escapaban en sus palabras y en todos sus actos.

Preguntóle en cierta ocasión otro Beneficiado cuántos años tenía, y contestó: "*Poquets, porque els mal empleats, no es conten.,,* Y una señora de mucha distinción le dijo: Padre, pues que es Santo, encomiéndeme á Dios. Y él, sonriendo, apretó el paso diciendo á su compañero: "*Si á la palla de la albarda se li acosta lo foc de la vanitat, pobre del burro.,,*

(1) Para no alargar más esta biografía con la repetición de los nombres de donde hemos sacado el hecho ó dicho antes citado: Aseguramos que cuantos hechos dichos ó referencias hagamos sobre la vida de Mosen Gregorio Ridaura, los hemos tomado con exactitud de los autores ó lugares siguientes:

Apuntes sobre la vida del Venerable Ridaura, por el Padre Domingo Sarrió, presbítero de la Congregación de S. Felipe Neri de Valencia.

Sermón de exequias del Venerable Mosen Gregorio Ridaura, predicado en la Catedral por el Dr. Miguel Sánchez, Beneficiado de la misma y de la Congregación del Oratorio: Impreso con licencia del Ordinario en 1704.

Oración fúnebre, por el Venerable Padre Mosen Gregorio Ridaura, predicada en la Parroquia del Salvador por el Dr. D. Pedro Granel, cura de S. Martin, impreso con licencia del Ordinario, 1704.

Oración fúnebre en las honras del Venerable Padre Mosen Gregorio Ridaura, presbítero, Beneficiado de la Metropolitana, celebradas en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, á devoción de la Venerable Congregación de Sacerdotes: Por el Pavorde Dr. D. Estéban Dolz, catedrático de la Universidad. Con licencia del Ordinario, 1705.

Sermón de honra del Venerable Padre Mosen Gregorio Ridaura, predicado en la Seo por el Dr. D. José de Cardona, Pbro. Beneficiado.

Notas del Archivo del Colegio del Beato Patriarca. Del Archivo Beneficial.

De referencias á Mosen Gregorio Ridaura, de varios cronistas contemporáneos y de otros escritos sueltos, merecedores de crédito.

Hablában ciertas personas respetables, sobre las bulas de un obispo, que se estaban esperando, á cuyo tiempo pasaba por allí Mosen Ridaura, y dijo uno de ellos: en la cabeza de ese sacerdote que pasa, si que estaría bien empleada la mitra; él lo oyó, y apretando el paso, decía á su compañero: "*Deu mos lliure del foc dels aplausos y les honres.*„

Este miedo, le hacía huir de cuantos le podían alabar, visitando las iglesias y los cementerios de noche y siempre por calles escusadas. Para ir al convento de Capuchinos (extra-muros) en donde tuvo 20 años el confesor, nunca fué con derechura, sinó rodando por callizos; y decía: "*Bo es amagarse para no tropesar, y para que no li aguen á ú el niu.*„

Le reconocian todos por muy virtuoso, pero en la humildad sobresalía.

Considerábase inferior á todos: hablaba de usted hasta á los niños; nunca permitiendo que le sirviera nadie.

Creía sin dificultad cualquier cosa buena de los prógimos; mas si contaban en su presencia faltas de alguno, no pudiéndolas disculpar, las escusaba en lo posible, distrayendo la conversación con alguna anécdota ó chiste oportuno.

Rara vez reprendía á nadie, ó porque tenía á los otros por buenos, ó porque se tenía así por más malo.

Después de haberse celebrado la fiesta del Santo Caliz en la Catedral, preguntole otro Beneficiado: Qué dice Mosen Gregorio de este Santo recuerdo de la Pasión? y respondió: "*Que en esta tragedia de la Pasión del Señor, yo fas el paper de Judes.*

Preguntado por algunos eclesiásticos reunidos, qué aprecio hacía de la virtud de la humildad, resueltamente dijo: "*Si á la hora de la mort me encontrara sense eixa virtud, recibiscas ante de que en done per condenat.*„ Cuyo inesperado concepto dejó á todos edificados, y sin palabra.

Era conocida la instrucción de Mosen Ridaura de muchos, pues estudió con aplicación y provecho, Filosofía, Teología escolástica y moral; y así lo probó en las dos oposiciones que por obedecer hizo á curatos siendo ya beneficiado, en las que fué aprobado á satisfacción de los examinadores.

También le comunicó el Señor gran luz para discernir los es-

piritus, y lo dió á conocer en la dirección de muchas almas y esto no obstante, estaba firmemente persuadido de que era irregular *ex defectu scientie*, siendo menester acudir á la obediencia para que continuase diciendo misa y desempeñase otros cargos de su ministerio.

Y tales eran los deseos de que la virtud de la humildad echase hondas raíces en su alma, que cuando sabía que habian de vaciar las sepulturas de alguna iglesia, no faltaba allí, y tomando en sus manos las calaveras, las acercaba á su cara y después de algún rato de meditación, solía decir: "*no es posible que deixasen de ser molt humils los homens, si alguna volta miraren y tocaren estos osos.*"

La convicción humilde de su bajeza y de su nada, le obligaba á mortificar su carne y sus sentidos, asegurando los que de cerca le trataron, que un cartujo ó trapense no hubiera podido macerar más su carne ni reprimir sus sentidos; esto además de las dos quebraduras y otros accidentes que padecía, que según dictamen de los facultativos, bastaban por sí para aplastar la naturaleza más robusta.

Treinta años vivió en el estado de Sacerdote y de Beneficiado de la Seo, y en ellos no cambió de habitación, ni de muebles, ni de orden en la hora de levantarse, que en todas las estaciones era á las cuatro de la mañana, ni tampoco en los demás actos de su oficio ó devoción.

Muchas veces solía decir: "*Asi com la terra, per de bona calitat que siga si no la cultiven y la treballen produix herbes inútils ó dañoses y may donará bons fruits, aixi també es menester mortificar les passions y la terra que les produix para que no done fruits de pecats;*" y esta doctrina que daba á los otros, la aplicaba severamente á su cuerpo y á sus sentidos.

La aplicaba á su cuerpo, negándole todas las comodidades y castigándole con austeridades tan rigurosas, que muchas veces tuvieron que intervenir el confesor y el médico para que las moderase. Los zapatos los llevaba siempre llenos de piedrecitas. Su cama se componía de tres tablas y un colchoncito tan grueso como éstas, no habiendo sabido nunca los de casa, las horas en que descansaba, pues que á todas las de la noche se le oía; y á

las cuatro de la mañana siempre estaba en pie. De esto dan también testimonio los colegiales del Patriarca, contemporáneos suyos, diciendo, que en Ridaura tenían un despertador infalible á la hora que querían de la noche.

Mortificaba la vista absteniéndose de fiestas y diversiones, las más lícitas, no habiendo podido la curiosidad hacerle asomar una sola vez, en los treinta años que habitó un entresuelo con ventanas á la plaza de la Virgen, por donde pasaban todos los festejos religiosos ó civiles.

Fué siempre parco en la comida, tomando lo preciso para vivir; y como testificaron sus hermanos y otros, nunca le vieron probar principio ni postres, comiendo solo del primer plato. Era exactísimo en guardar los ayunos de la Iglesia y otros muchos que añadía su devoción.

Jamás admitió refrescos, ni probó licores ni los obsequios que por educación vióse obligado á admitir en su casa; los que al momento dividía en tantas partes cuantos eran los enfermos ó pobres que tenía que visitar aquel día.

El mismo rigor aplicaba al sentido del oído como del olfato; no recreándose nunca en escuchar música, sino por devoción en el templo, ni en saber nada de otras novedades que las que se relacionaban con la gloria de Dios, ó en los casos en que podía evitar algún pecado, ó componer alguna desavenencia. En cuanto al olfato, prefería las visitas de aquellos enfermos que por su dolencia ó por la falta de curiosidad, se hacía más repugnante ó intolerable la estancia en sus habitaciones. Todas las noches visitaba alguno de los cementerios de las Parroquias y permanecía una ó más horas orando á la intemperie, lo mismo en verano que en invierno, y aun lloviendo, colocándose siempre sobre las sepulturas de los últimos enterrados, para más mortificar el olfato.

Y este propósito de mortificar sus gustos, lo manifestó y practicó desde muy joven, pues es tradición que siendo estudiante, vino para estarse con sus padres en tiempo de vacaciones, y al llegar á la vista de Alcoy, oír el vuelo de las campanas que anunciaban la festividad próxima, sintió que su corazón se alegraba mucho; y para privarse de la alegría que en aquel mo-

mento experimentaba dentro de su alma, con la vista de su patria, como con los consuelos de ver á sus padres, familia y amigos, reflexionó un momento, y volviendo las espaldas, regresó á Valencia, sin entrar en Alcoy.

No fué menos rígido en la pobreza, negándose á recibir muchos donativos que para limosnas le ofrecían personas acaudaladas, á las que decía: "*no vulle donar á Deu mes conte, que de lo que en guañe.*," Tampoco admitió obsequios aunque fuesen de objetos piadosos, diciendo que en el *Crucifixi*, en el *rosari* y en el *breviari*, *tenia prou*.

Le regaló una señora un *lignum crucis*, con un relicario de plata, y no quiso recibirlo, hasta que extrayendo la reliquia la colocaron sobre pasta de Agnus; y decía, que para la veneración, no hacia falta la plata, pues á toda riqueza excedía la virtud de la cruz.

La dueña del entresuelo en que vivió treinta años, se lo dejó vitalicio en su testamento y cuando lo supo le dijo que si no revocaba aquella cláusula, se marchaba enseguida de casa, pues no quería que sus herederos le tuviesen por fuerza si llegaran á disgustarse de tenerle por inquilino.

La misma resolución tomó con otra señora que le había dejado en su testamento una casa y no paró de importunarla, hasta que supo que estaba anulado el legado.

Mortificóse también en el vestido; sólo el exterior ó talar, aunque basto, era limpio y decente, mas el interior iba lleno de remiendos de diferentes colores, diciendo los que le vieron después de su muerte, que era difícil poder asegurar la materia y el color de la primera tela que fué hecho, sospechando que sería del paño que vistió en el colegio; y como él mismo era quien se remendaba, nunca reparó en el color del hilo, ni en el de los remiendos.

Cuando se retiraba sin un maravedí en la faldriquera, cosa que ocurría con frecuencia, solía decir: "*cuan menchs dinés, menchs enemichs.*," y aún repetía con más frecuencia y oportunidad: "*grasies á Deu que estich redó.*," Esta metáfora que suele usarse cuando después de ajustadas las cuentas, resulta saldado todo, por ambas partes, no sólo lo aplicaba el Venerable Ridaura cuando

todo lo que Dios le había dado quedaba gastado en su precisa subsistencia y en la de los pobres, sino también, como testificaron sus confesores, era tal la santa indiferencia con que miraba las cosas de este mundo, que no le vieron nunca inclinarse á uno más que á otro; siendo efectivamente comparable á una esfera que tocando un solo punto de la tierra, todo lo demás lo tenía reservado para el cielo; y esta elevación de espíritu, la expresaba con la naturalidad que le era propia, diciendo: "*Grasies á Dieu que estich redó,*", como si dijera, gracias á Dios que ni toco ni tomo de la tierra más que lo absolutamente preciso. Y sin embargo de esta santidad, que ni en la adolescencia, ni en la pubertad, ni durante la carrera universitaria, ni de Beneficiado en el estado sacerdotal, había sufrido el más parcial eclipse, ¡qué precauciones empleaba para conservar limpia su alma!

No le parecía bastante el tener su cuerpo rodeado de espinas, como el Lirio misterioso de los Cantares; ó como el erizo, hecho una bola cubierta de púas para defenderse de las acometidas del león rugiente, sino que apelaba á recursos que nuestra debilidad debe recordar en ocasiones próximas al peligro.

Cuentan los panegiristas del Venerable Ridaura, que en una de aquellas noches en que como la Esposa de los Cantares, salía con su linternilla á dar vueltas por la ciudad para impedir algún pecado, ó abriéndole paso las murallas facilitábanle el salir por los caminos á distancia de algunas leguas en busca de desgraciados ó enfermos, cogióle en despoblado una tempestad de agua y nieve que le obligó á retirarse á una venta. Allí no pudo menos que oír y ver ciertas acciones y palabras libres que profería una moza, no faltando bastantes que la aplaudían. ¿Qué hará el siervo de Dios en esta ocasión? Era casi media noche, continuaba lloviendo, su salud era delicada; sin embargo, pidió al momento que le abriesen la puerta de la venta y salió aprisa de ella, eligiendo el helarse antes que exponerse á la menor chispa del impuro fuego.

Con esta vida austera y santa, en casa, en la calle, en el coro, en compañía ó solo, había atraído hacia su persona cierta veneración, como si todos vieran en él una cosa que él sólo no veía; sucediéndole, según dicen sus biógrafos, lo que á Moisés cuando

bajo del monte Sinaí, que á él sólo se le ocultaban los resplandores que salían de su cabeza.

De ahí resultaba aquella grande veneración hacia la persona de Mosen Gregorio, no solamente las gentes del pueblo que le esperaban continuamente á la puerta de su casa, en la Seo ó le seguían por las calles y por todas partes, para que fuese á ver un enfermo, á componer una desavenencia, á decir los Evangelios ó bendecir un niño y por más esfuerzos que hacía diciendo á unos: "*Han equivocat el capellá,*" ó "*á bon sant se encomanen,*"; tenía por fin que acceder, viéndose por ello obligado á ir por calles extraviadas donde no fuese conocido de las gentes.

Pero lo que debe llamar la atención, son dos tendencias opuestas que se encontraban luchando en el corazón del Venerable Ridaura; una de estas era la veneración hacia la persona de este humilde sacerdote, en las más elevadas clases sociales, desde el Arzobispo, hasta el Virey, y la otra era el desprendimiento y aversión con que el mismo sacerdote rechazaba todo lo que sabía á honor y elevación.

Del Arzobispo de esta Diócesis D. Fr. Juan de Rocaberti, dice el Pavorde Dolz, que varias veces le había llamado, diciéndole que eligiese la habitación que más le acomodase de palacio, pues quería que viviese allí y tenerle cerca para tratar con él asuntos de gobierno de la Diócesis: y cuentan que fueron tan peregrinas las razones y excusas que alegó para evadirse, que al fin tuvo su Iltma. que ceder, y reconviniéndole luego el Secretario de su Iltma. con otros familiares, por no haber accedido á lo que el Arzobispo le proponía; les contestó con las manos puestas en la cabeza: "*Jesús, Jesús; diu que consultar en mi coses de govern; tan sap este capellá de govern com de arreglar la roba del chagans.*"

En otra ocasión se empeñó el Gobernador Eclesiástico en que el Padre Ridaura había de ser su confesor, pero él sentía tan bajamente de sí mismo, que se excusó pretestando incapacidad para dirigir personas de tal categoría; y diciéndole este señor al despedirse: Padre Ridaura, mortifíquese más; le contestó: *¿Y encara vol S. S. que es mortifique mes un capellá que para sopar ha de anar á vespres?*

No hay duda que con esta contestación ocultaba el Venerable Ridaura, su humildad y mortificación, pues tanto la pobreza como la asistencia al coro, eran dos cosas á cual más queridas de su corazón, pero que ahora las presentaba como evasiva para salir del paso.

En cuanto á recibir cartas ó visitas pidiéndole sus oraciones, ó la intervenció en graves asuntos, habria materia para alargar demasiado esta biografía.

La habitación del Venerable Ridaura, que además de pequeña no tenia más muebles que una mesita y algunas sillas con asiento de esparto, era muchas veces visitada por los primeros títulos y dignidades.

El Excmo. Sr. Conde de Altamira, Virey entonces del reino, le envió varios recados de atención suplicándole una visita y manifestándole cierto asunto que debia indicar á la Condesa. Cuando ya no pudo excusarse, hizo la visita á hora que nadie advirtiese aquella honra y del resultado de esta entrevista, dijo el Virey á un confidente suyo: "A ese buen sacerdote debo yo la paz y tranquilidad de mi casa.,,"

En tres diferentes ocasiones le escribió la Excma. Sra. Duquesa de Alcalá, convidándole con la más esmerada distinción para que fuese á Madrid y estuviese en su palacio, á lo que resistió varonilmente; y diciéndole el Virey, Conde de Altamira, por cuyo medio eran entregadas las cartas: "vamos, Padre Ridaura, dé V. gusto á esta señora que puede mucho; y al fin, si no le prueba ó no le gusta Madrid, se vuelve y nada pierde.,," Al oír Madrid, como asustado se dirigió á la puerta diciendo: "*Jesús, Jesús. ¡Yo á Madrid! es masa gran gabia para tan chic pardal.,,*" El gentil hombre enviado por la Duquesa para negociar este asunto, después de haber presenciado alguna entrevista, dijo al Virey: "Ahora conozco que este sacerdote es un Santo.,,"

Casó el padre de Mosen Gregorio en segundas nupcias, y aprovechándose un individuo de la familia, de las buenas relaciones que existian entre el hijo y la madre política, escribió á esta para que obligase á Mosen Gregorio á visitar al señor Conde N. que lo deseaba mucho; y también á la pobre enferma N. de la calle N. Transcurrido algún tiempo, escribieron á su madre

política, diciendo que su hijo político no había ido por casa del Conde. Quejósele ésta y en contestación le dijo: “he hecho tres visitas á la pobre N., su recomendada, y le he llevado algunos regalillos; al Sr. Conde no le faltan reverencias del cabildo catedral y de las comunidades religiosas.

Varias veces le obligaron á que fuese padrino en algún bautizo y siempre se negó; pero hubo una ocasión en que se empeñó el Vicario general para que tuviese en la pila al primogénito del Virey Conde de Altamira, y también se negó; y cuando no tuvo más razones que alegar: dijo al Vicario general: “*Yo tinc baig lo bras tots els meus trastos, (tenía el breviario) si V.S. me obliga, men aniré y no en voran més.* Después de recordar estos hechos, no se sabe qué admirar más, si la firmeza de carácter del Padre Ridaura en mantenerse ajeno á todo honor y distinción, ó la veneración en todos los grados y jerarquias sociales hacia un pobre sacerdote que se confundía y se reputaba por nada. Aquí vióse cumplida en toda su exactitud, la promesa de Nuestro Señor Jesucristo, de elevar al que se humillare. *Qui se humiliat exaltabitur.*

III

Vencidas estas primeras trincheras de la vanidad, con el desprendimiento de los honores, de las riquezas del amor propio, y con la mortificación de todas las concupiscencias, dió el Venerable Ridaura amplia expansión á su corazón con el ejercicio del celo por la salvación de las almas, como por la práctica de la caridad, de la misericordia y de la piedad.

En su pecho, como de elevada atalaya, á la vez que descubría las necesidades, encontraban cabida todos los que de cualquier manera sufrían; los pecadores, los enfermos, los pobres, las almas del purgatorio.

Supo que cierta persona de autoridad tenía tratado entrar en una casa á alta hora de la noche con un fin torpe; era la noche tempestuosa, y tomando Mosen Ridaura su linternilla, la pasó hasta el amanecer rondando por delante de la puerta de la criminal casa: cinco veces confesó aquel hombre que había intentado entrar, y no se atrevió porque siempre vió al Padre Ri-

daura con su linterna enfrente de la casa. Al fin cayó en la cuenta de que Dios se valía de este buen sacerdote, para hacerle conocer la culpabilidad de aquellas relaciones, de las que se separó, confesando su pecado.

Con esta linternilla salía la mayor parte de las noches ganando para Dios muchas almas. Entre otras, cuentan la de un obstinado moro, que siendo ya de edad, jamás le habían podido inducir á que se convirtiese. Una noche salió el Padre Ridaura con su linternilla encendida, pero escondida bajo del manteo; encontró al moro y trabó con él amigable conversación, y al despedirse le tomó la mano y por debajo del manteo la metió sobre la luz de la linterna; al quemarse el moro dió un grito y le dijo entonces el Venerable Ridaura: “de parte de Dios le aseguro que así se quemará eternamente en el infierno, si no abjura los errores de su falsa secta, y se convierte de veras á la verdadera religión.” Quedó aquel moro fuera de sí, y desde aquel momento pensó seriamente en su conversión, la que logró por la misericordia de Dios, y no se cansaba de decir, que la debía á la eficacia de los argumentos del Venerable Ridaura.

Admirábanse en él, el don de una penetración ó intuición sobrenatural, por la que conocía los secretos de los corazones y presentía acontecimientos futuros, que los buscaba y daba con ellos, exponiendo á veces por encontrarlos su propia vida.

Entre varios de los acontecimientos de esta índole que apuntan sus panegiristas, extractamos los siguientes:

Había resuelto cierto hombre matar á otro, y la ejecución de este crimen no la había revelado á nadie; mas al anochecer del día destinado, dos horas antes de cometerle, procuró el Padre Ridaura encontrarse con el matador, entabló conversación con él, y le pidió que le acompañase á una casa. Dando revueltas por las calles, pasaron por una iglesia en donde estaban predicando, le rogó que entrase, y luego que esperase un momento á que concluyese el sermón; mientras tanto, el Venerable enviaba al cielo sus oraciones por este pecador, y fueron tan eficaces, que al salir de la iglesia declaró el mismo al Padre Ridaura sus criminales intentos; no sólo desistiendo de ellos, sino prometiendo ser el bienhechor de su contrario.

Las murallas y puertas de la ciudad, no eran impedimento para que el Padre Ridaura saliera de noche en busca de un pecador ó de una grave necesidad, á algunas leguas de distancia de la capital.

Muchas veces le habían visto caminar por lodazales intransitables, pero elevado de la tierra tres ó cuatro palmos.

Andando por estas sendas extraviadas, se encontró cierta noche con un hombre montado en un caballo, que llevaba en la grupa una mujer; y aunque al parecer marchaban en armonía, era el fin de aquel hombre (como luego lo declaró) alevoso. Presentándose repentinamente el Padre Ridaura ante el caballo, se detuvo, y rogó al hombre que se apease, á lo que resistía, pero al fin accedió; y entonces, con aquella autoridad y eficacia que sabe y puede dar Dios á quien quiere, y cuando conviene, le mandó que continuase su camino y que dejase allí la mujer, la que llevó Mosen Gregorio á lugar donde la aseguró de todo riesgo.

Otra de estas noches, á cuatro leguas de la Capital, encontró á un hombre recostado en el tronco de un árbol; trabó conversación con él y á las pocas palabras pudo averiguar que desesperado por desgracias, enemistades y pensamientos melancólicos, había abandonado á su mujer y familia con resolución de no volverlos á ver más. El Padre Ridaura, con palabras suaves, desvaneció aquel nublado que aterraba su corazón y haciéndole conocer lo errado de su dictámen, le obligó á volver á su casa, á la que le acompañó él mismo.

Testigos probados aseguraron que una noche viéronle en Onteniente estorbando que matasen á un hombre; y este mismo fué á la Seo á darle gracias; pero él huyendo del hombre decía: "*A mi nó, á mi nó.*,"

Un Beneficiado de la Catedral aseguró que le había visto en el monasterio de Monserrat y otro en San Miguel de Liria; y esto sucedía con la notable circunstancia, que por la mañana era de los primeros que entraban en la Seo, sin que le apuntasen jamás falta alguna por la no asistencia al coro.

En un pueblo distante algunas jornadas de la Capital, tiraron un tiro de escopeta á un caballero, de cuyo hecho tenía solamente

noticia el agresor y el agredido, y sin perder correo escribió el Padre Ridaura al Cura del pueblo diciéndole: que con el mayor sigilo llamase á D. N. y le dijese que agradeciera á las oraciones de los que le querían bien, el que no le hubiera acertado la bala tal día y el no encontrarse ahora en la eternidad. Pasmóse aquel hombre de que se le hablase con tanta exactitud de un hecho que nadie podía saberlo, sinó el Padre Ridaura, por los medios que él sabia muchas cosas. Y la advertencia no fué en vano, pues dejó el hombre sus expuestos tratos y mudó de vida.

Casos de este género citan sus biógrafos bastantes, los que reducimos para no excedernos de los límites de la tésis propuesta.

Mas no solo su celo se empleaba en convertir y salvar á los pecadores, sinó también con amorosa solícitud atendia á los justos para adelantarles en la virtud.

Eran muchas las almas á las que dirigia por las sendas de la perfección. Enseñábales á tener oración, les daba reglas para mortificar las pasiones y para el uso de las penitencias; y según la capacidad y estado de cada uno les instruía en diferentes ejercicios. Cuando veía alguna de estas almas bien dispuestas y con deseos de perfección, la encaminaba á algún confesor para que adelantase, porque su humildad le persuadía que no era apropiado para este ministerio.

En la visita á los enfermos, era incansable. Como él padecía también muchas enfermedades, sabia sentir y compadecer las molestias que sufren los enfermos, mayormente si eran pobres; y por remediarlas ó aliviarlas no reparaba en sacrificios.

A todos los pobres amaba tiernamente, conversaba con ellos, les visitaba y les instruía, atrayendo á su amistad con gran dulzura á cuantos encontraba por los caminos.

Eran muchos los que consolaba y con ser tal la igualdad con que trataba á todos, cada uno creía tener de su voluntad la mejor parte, pareciéndole que era su particular amigo, y lo que hacia con él, no lo hacia con otro; y no era así, sino que la caridad tenia en su corazón dilatados senos en donde cabían todos.

Con tratarse tan pobremente y hallarse flaco y extenuado, no tan sólo por las penitencias y achaques, sino por las privaciones, era con los pobres generoso y espléndido, asegurando quienes lo

veían, que no había proporción entre su renta y lo que daba; y eso que su desprendimiento llegaba al extremo de no admitir el dinero que le ofrecían para repartirlo entre los pobres.

Una virtuosa anciana que vivía en un lugar de la huerta, aseguró á su confesor que con las limosnas que recibía del Padre Ridaura, se mantenía todo el año.

Venía un médico de visitar los enfermos de la huerta y encontró á una legua de Valencia al Padre Ridaura, que llevaba bajo del manto un gran bulto; preguntóle á dónde iba tan cargado, y contestó: *“demà ho vorá.”* Así fué; pues halló á los pobres enfermos de aquellas partidas provistos de vasos, y de otros necesarios utensilios de que carecían.

Una noche no le quedaban más que cinco dineros, y sabiendo que un pobre enfermo carecía del pucherito para su necesaria alimentación, fué á la mesa de un cortante y le pidió cinco dineros de carne de brazuelo; no quiero por cinco dineros cortar ese trozo, dijo el cortante; pues péselo V. todo, dijo el Padre Ridaura, y Dios proveerá. Puso el carnicero en un plato de la balanza todo el brazuelo y en el otro las piedras que calculaba podía pesar; pero con admiración iba quitando las piedras que no admitía el peso, hasta quedar con la de cinco dineros. Al ver esto le dijo el cortante: vaya Padre Ridaura, que si como me pide que le pesase ese pedazo de carne, me hubiera pedido medio carnero, creo que tampoco hubiera pesado más de cinco dineros. *“Lo mateix em pareix á mi, le contestó, pero com no en tinch mes, Deu provix.”*

De noche salía á visitar los enfermos pobres, y á unos les llevaba ración de carne ó cuarto de gallina, bizcochos ú otros regalos de dulces. Cuando salía á sus peregrinaciones, llevaba pan blanco para los enfermos, trocándole con sus mendrugos para él.

Con los pobres religiosos era su caridad más afectuosa, y como en ellos es la pobreza voluntaria, quería que tuviese más de voluntario el socorro, comprando para ellos frutas y otros regalillos, y les rogaba que lo admitiesen.

Todo esto le parecía poco, y como queriendo entrañar en todos la misericordia, persuadía á los sacerdotes conocidos, que visita-

sen los hospitales; y rogaba á los médicos que asistiesen con puntualidad y caridad á los pobres. Cuando tenia noticia de algunos gastos supérfluos, de que suele ordinariamente servirse la vanidad, lo sentía mucho, pareciéndole muy doloroso que no se empleara aquel dinero en aliviar á los pobres.

Pero nótese este hecho, que al mismo tiempo que revela su finisima caridad, manifiesta su delicadísima conciencia. Además del hermano carnal, religioso de la orden de San Agustín, de quien hemos hablado en otro lugar, tenia otro hermano, Cura del pueblo de Paterna. Concluido el coro de la mañana, solia de vez en cuando ir á visitarle, para estar á la hora de Vísperas otra vez en la Seo; y en todas las veces que estuvo á visitarle, no pudo lograr su hermano que comiese con él en su mesa, sino que traía de casa lo necesario para su sustento y lo comía á la sombra de un árbol antes de llegar al pueblo; y quejándose el Cura, su hermano, de este modo de proceder, le contestaba: "*no vullc res de la retoria, porque lo que tú no consumïsqucs es dels pobres.*„

También iba á casa de los ricos cuando era llamado, y en ellas solia hablar con aquella libertad evangélica tan admirada en los santos.

Llamáronle á casa de un señor de distinción que se hallaba gravemente enfermo, para que le hablase de Sacramentos; fué Mosen Gregorio, le animó y preparó para este acto, pero le previno encarecidamente que para entrar Dios Nuestro Señor en una casa, debe estar esta aseada y limpia de telarañas y de otras suciedades. El enfermo oía con respeto estas palabras, pero no se daba por aludido, volvió á insistir en la limpieza de los rincones y de las telarañas, que como redes preparadas cogen á las débiles moscas, y no produciendo efecto sus palabras, vió allí cerca una escoba y quitándose el manteo, principió á dar escobazos por los rincones. Asustado el enfermo, le decia: Padre Ridaura deje V. la escoba que eso lo harán las criadas. "*Mire vosté (le dice) para que el Señor vinga á sa casa, es menester que vosté vecha, si ya alguna telaraña amagada y que vacha fora.*„ Oyó esto el enfermo, y comprendió que estas palabras eran algo más que simplezas del Padre Ridaura; y después de un poco de silencio, le dijo: Padre lo entiendo todo, y le prometo que antes

de medio día, será sacada esa telaraña de casa. Era esta telaraña la ocasión próxima en que repetidas veces había sido cogido.

Otro día llamáronle á casa de un título, y allí derramó su corazón paternal abundantes consuelos entre la familia y el enfermo; y al marcharse dijo éste: Padre Ridaura, hágame algunas visitas; y le contestó: *"no señor, no tornaré porque tinch por al gos que te costé baig.,"* Padre Ridaura, V. se equivoca, le dice el paciente, aquí no hemos tenido ningún perro, y acercándose le dijo al oído: *"es un gos que de les orelles el portará arrastran al infern.,"* y se marchó. Al poco rato recibió Mosen Ridaura una es, quela del dicho enfermó en la que le decía: Padre, el perro que V. teme, desde este momento queda arrojado de esta casa; y espero que su merced venga pronto. Este perro era la persona cómplice de sus extravíos.

Por la caridad que practicaba con los enfermos y pobres, se debe inferir la que tenía con las almas del purgatorio, las que siendo amadas de Dios y teniendo segura la posesión del cielo padecen en aquel lugar de expiación, dolores más intensos que los que pueden causar todas las enfermedades y suplicios de este mundo.

Era muy devoto de visitar los cementerios, y aseguraron testigos probados, que siendo hora en que estaban cerradas las puertas de la ciudad sin saber por dónde, salía á rezar al cementerio de los apestados (extramuros).

En este cementerio como en el de San Juan, se le había visto en algunas noches de lluvia rezando el oficio de difuntos, sin que se le mojase el breviario, ni apagase la luz.

En repetidas ocasiones le encontraron dentro del cementerio de San Estéban, orando por los difuntos; habiendo asegurado los foseros, que á la hora ordinaria cerraban, y no obstante el Padre Ridaura estaba dentro, y salía cuando quería.

Habían sido asesinados dos hombres en un campo, á dos leguas de la capital, y una noche la pasó orando sobre el lugar en donde estaban sepultados sus ignorados cadáveres.

De muchas almas que eran llevadas al purgatorio, le daba el Señor noticia para que rogase por ellas. También le revelaba los nombres de otras que eran llevadas al cielo, y como entre

todas las personas de este mundo, ninguna suerte podía interesarle más; que la de sus propios padres, el Señor le manifestó el día y la hora en que éstos fueron librados del purgatorio y entraron en el cielo.

Refieren sus panegiristas entre otros casos de esta naturaleza, el que encomendaron á las oraciones del Padre Ridaura una religiosa del Convento de San Cristóbal que estaba gravemente enferma. Una tarde que el Venerable fué á esta iglesia, después de haber estado una hora en oración, de repente se levantó y dijo: "*En bon estat está, Requiescat in pace.*," Oyólo esto una monja que desde la tribuna observaba los movimientos del Venerable Padre, se fué corriendo á la celda de la enferma y vió que en aquel instante acababa de morir sin que ninguna religiosa se hubiese separado de allí para dar la noticia. Teniendo por cierto que el Padre Ridaura lo había sabido por revelación del cielo.

También, cierto caballero estaba inconsolable por la muerte de su esposa, señora de mucha distinción por su gran caridad, y estando cierto día solo con su criado, en una iglesia solitaria, vió á Mosen Ridaura que dirigiéndose á él muy risueño, le dijo levantando los brazos: "*Ya está en lo sel: ya está en lo sel,*," y continuó andando. Quedó el caballero consoladísimo con estas palabras, levantóse presuroso para alcanzarle y darle las gracias, pero ni él ni su criado pudieron verle ni saber por qué puerta había salido.

No podía el demonio, malo por esencia, permanecer indiferente ante el cúmulo de virtudes que se desarrollaban en la vida del Venerable Ridaura, cuya fragancia atraía á muchas almas al conocimiento y amor del que es por esencia bueno y santo. No pudiendo el infernal enemigo mancillar la hermosura de esta alma privilegiada, dirigía sus esfuerzos contra su cuerpo dándole ataques cruelesísimos.

Esta lucha exterior del Venerable Ridaura con el demonio, principió siendo estudiante, y acabó con su muerte. Y lo mismo estando en el colegio, que en el estado Sacerdotal, cuentan los cronistas y testifican personas ilustradas merecedoras de todo crédito, que Mosen Gregorio Ridaura, sostuvo luchas horribles con los malos espíritus, los que con espantosas visiones y hasta

con golpes trataban de impedirle el ejercicio de actos espirituales y de caridad en favor de los prójimos.

Así con una vida activa, inspirada y movida por el celo de la gloria de Dios, el bien y la salvación de sus prójimos, este hombre sencillo en sus formas, sin pretensión de dignidades, ni de riquezas, ni de aplausos, con deseos de saber solamente la ciencia de Jesucristo crucificado; dominaba los corazones con su humilde palabra, y tenían más confianza en el poder de sus oraciones que en el de los grandes y poderosos del siglo.

IV

Vacia el alma de todas las afecciones terrenas, y rica con los bienes de la gracia; ya no suspira más que por la unión con el sumo bien; y en la oración, y contemplación, logra la comunicación é íntima unión con su Dios y su todo.

La oración del Venerable Ridaura fué continua, porque si ora siempre, el que siempre obra según el beneplácito de Dios, sabemos por testimonio de sus confesores, que jamás distraía los sentidos y potencias de aquello que directamente se encaminaba á la mayor gloria de Dios.

Su oración, además de continua, fué estática: y era tal la afluencia de espíritu, que no solo le sacaba de sí, trasportándole todo en el Señor, sino que á no detener S. D. M. los torrentes de sus dulzuras, hubiera acabado su vida. Los vuelos de su alma, y los ímpetus con que su amor le arrebatava, eran tan vehementes, que muchas veces vencían lo pesado de su cuerpo y lo llevaban tras sí, levantándole sobre la tierra.

Así lo aseguraron muchos testigos de vista. Uno le vió en despoblado, cercado de resplandor y elevado sobre la tierra: quiso acercarse á él, pero marchó tan ligero como si volara, no siendo el escape de un caballo bastante para alcanzarle. Otras veces le habían visto en éstasis, enagenado de sus sentidos, por la fuerza de sus amorosos afectos.

En el tiempo de decir misa y dar gracias, se sentía con tanto espíritu y consolaciones, que dijo á su confesor: "si duraran mucho no las podría soportar mi flaqueza.,, En las ceremonias y en

todas las cosas concernientes al Santo Sacrificio, era delicadísimo, nunca pareciéndole los corporales y ornamentos bastante limpios y decentes. La capilla de San Sebastián, título de su Beneficio, la barria todos los días por sí mismo, y cualquiera irreverencia ó falta de decoro que observase en el templo, particularmente en lo referente al Santo Sacrificio, le entristecía.

El oficio divino, que es tributo de oración, al que están obligados todos los eclesiásticos, lo pagaba con la mayor puntualidad y perfección, no sabiéndose que entre tantas y tan penosas enfermedades que tuvo, dejara de rezarle más que el último día de su vida, para lo cual fué menester el precepto del médico y del confesor. En el coro, lo mismo su compostura, su entonación ó su silencio, edificaban á todos, y solo su presencia imponía.

Por estos pasos de continua y devota oración, llegó Mosen Ridaura á la cumbre del monte Santo, en donde el soplo suave de la contemplación, encendió en su alma el fuego sagrado del amor de Dios, que le derritió y le identificó con el Amado.

Entró un día en la iglesia del Salvador, llevando la consideración del Nacimiento de Jesús y al arrodillarse, dice, que oyó un trueno como pudiera ser el que oyeron los apóstoles el día de Pentecostés; y hallóse al momento tan adentro de aquellos tiernos misterios, tan ilustrado y abrasado en caridad, que con dificultad podía moverse, y cuando le fué preciso salir de la iglesia, andaba como embriagado en el divino amor, asiéndose de las paredes. Esto se sabía cuando no lo podía ocultar, de lo que le pasaría en la soledad, solo Dios era testigo.

Refiere también su confesor, que estando cierto día en la iglesia del convento de Jesús, se enfervorizó tanto su corazón con la consideración de este dulcísimo nombre que no pudiendo caber dentro de sí tanta avenida de consuelos, se salió como pudo fuera de la iglesia, y dijo á su compañero que continuase, que él le alcanzaria. Retiróse el Venerable á una huerta vecina, se arrodilló para desahogar los afectos de aquella dichosa opresión, y se quedó arrobado; viendo el compañero que tardaba, volvió á buscarle y le halló en éstasis, y su cuerpo elevado de la tierra.

En casos semejantes, cuando le apremiaban estas ansias, procuraba huir de poblado y buscar la soledad, allí en el silencio,

oyendo el canto de las aves, se inflamaba en el amor de su amado; allí tendía las alas de su espíritu y se anegaba en el abismo de las perfecciones divinas; allí oía como Dios le hablaba al corazón, y su interior endiosado, le volvía otro hombre.

Otro de los efectos de este grado de oración, es la comunicación de secretos superiores á la humana razón. Los siervos, decía el Divino Salvador hablando con los Apóstoles, no saben lo que piensa su señor, mas para los amigos íntimos nada hay reservado. Y era tal la confianza que en las oraciones del Padre Ridaura tenían todas las clases, lo mismo la ínfima, la media, que la más elevada, que no había conflicto ó caso arduo que no fuese consultado y encomendado á sus oraciones. Y por más que siempre pretestaba su nulidad y miseria; cuando él aceptaba el rogar por un determinado asunto, daban ya por feliz el resultado, y sus respuestas por muy valiosas, aunque aparecieran sencillas.

Continuamente le aguardaban en el patio de su casa, en la puerta de la sacristía, ó en la capilla de San Sebastián, enfermos para que les dijese los evangelios, madres con niños para que les diese la bendición ó pusiese su mano sobre sus cabecitas: y cuentan admirables curaciones atribuidas á sus oraciones; recibiendo á cualquier hora cartas ó visitas suplicándole un consejo y su mediación para con Dios.

Presentóse en casa de Mosen Ridaura un caballero de la primera nobleza, rogándole que encomendase á Dios el que su señora tuviese un feliz parto, pues eran de alguna edad y no tenían sucesión, á lo que el Padre Ridaura se ofreció, pero al despedirse le dijo: *“no deixes vosté de advertir á la señora qu’ es lleve els tacons de les sabates.”* Tomó el caballero esta indicación, por una de las ocurrencias del Padre, y no hizo caso. Mas pasados algunos días, volvió muy afligido el mismo caballero contándole que á su esposa se le había agarrado el tacón al borde de un ladrillo, y le había ocasionado tan fuerte caída, que los facultativos temían un aborto. Oyó Mosen Gregorio tranquilo la relación del suceso, y le dijo: *“Sosegues vosté que no sosoirá res, pero que vacha la señora alerta en los tacons.”* y efectivamente, á los pocos días tuvo un robusto niño.

Llamaron al Padre Ridaura á una casa para ayudar á bien

morir á una joven, y no fué: pasados algunos días, siendo las diez de la noche y cuando no le esperaban, se presentó en la casa; ya los médicos se habian retirado y estaba agonizando. Quejóse la madre de la enferma de que no hubiera ido á tiempo, pero Mosen Ridaura, como si no escuchara, con mucha tranquilidad se acercó al lecho de la enferma, y dijo: "*pues no pareix que está molt mala.*" Le leyó los Evangelios y desde aquel momento principió á mejorar. Extrañaron mucho los facultativos el inesperado cambio, pero dejaron de extrañarlo al saber que el Padre Ridaura había visitado á la enferma después que ellos la dejaron; y como casos parecidos á este se repetian con frecuencia, los médicos miraban las cosas del Padre Ridaura con respeto.

Embarcóse para Roma el día primero de año un estudiante, y su madre encargó al Padre Ridaura que le encomendase á Dios y celebrase una misa para que su hijo tuviese buen viaje y contestó: "*Ya diré la misa cuant será menester.*" El miércoles Santo le dijo á la mujer que la misa la había celebrado aquel mismo día; causóle novedad, el haber elegido aquel día después de tres meses que se la había encargado.

Mas cuando regresó el estudiante de Roma, refirió que el miércoles Santo se salvaron milagrosamente, viéndose ya el buque sumergido por las aguas, y un navío que iba junto con ellos naufragó. Entonces comprendieron que el Venerable tuvo relación de lo que había de suceder, cuando le dijo á la madre: "*Ya diré la misa cuant será menester.*"

Hirieron á un hombre cerca de la casa del Padre Ridaura; reconocióse tan mortal la herida, que le retiraron á la inmediata casa de un cirujano, en donde le administraron la Extrema-Unión, porque estaba sin sentidos. El mismo Vicario le recomendó el alma y lo dejó por difunto, haciendo igual juicio los facultativos.

Cuando lo supo Mosen Ridaura, llegóse á la casa del herido, y teniendo mucha lástima de que muriese sin confesión, se fué á la iglesia del Salvador y después á la capilla de la Virgen de los desamparados, y en ambas iglesias oró por las regillas, pues era muy tarde. Volvió y preguntó si había recobrado los sentidos, y le dijeron que seguía lo mismo. Fué segunda vez á las dichas

iglesias y repitió la oración, pero sin efecto; hizo lo mismo tercera vez y volvió á la casa, llamó al herido por su nombre y al punto recobró los sentidos, pudiendo confesarse y recibir el Santísimo Viático.

Al otro día dijo Mosen Ridaura al sacerdote que habia asistido y administrado los Sacramentos al herido: "*Gran milacre han fet en aquell home el Sant Cristó y la Santa Verge.*," Verdaderamente, contestó el sacerdote, pero mucho debió haber aprovechado el empeño del Padre Ridaura.

Sorprendía también las más de las veces á los que iban á consultarle algún asunto, que por más secreto y desconocido que fuese, les daba la solución y respuesta antes de proponerle el caso, con lo cual ahorrraba mucho tiempo, y daba más importancia y valor á la contestación, en la que se veía algo de sobrenatural.

La mujer de un francés, fué á consolarse y consultar un asunto de familia con el Padre Ridaura, quien adelantándose le dijo: "*Importune á son marit para que sen vaja á Francia per algun tems.*," no quiso el marido atenderla, y cuando volvió á dar la contestación al Padre Ridaura, le dijo éste: "*Pues no ya mes que prevenirse para un gran treball.*,"

Pasó algún tiempo y fué preso el francés, por sospechas de complicidad en un atroz crimen, y estuvo en mucho peligro de ir á la horca.

Por último: cierta noche salieron tres piadosos jóvenes de la capilla de la Virgen de los Desamparados, y pensaron hacer una visita á Mosen Gregorio, pero uno de ellos dijo: no nos abrirá porque es ya tarde: pues tocaremos, dijo otro, cinco golpes por las cinco llagas del Señor, y si no nos abre nos retiraremos.

Hiciéronlo así, y al quinto aldabazo abrió él mismo y les dijo: "*pasen avant; he aubert porque han tocat cinc colps, per les cinc llagues y venen de ahon venen.*,"

Entraron y tuvieron un breve rato de conversación, en la que les adelantó algunas contestaciones, saliéndose tan edificados como admirados.

V

Las prácticas de misericordia, en orden á los prójimos, no siempre pueden esconderse á las miradas de los hombres; pero los vuelos del espíritu son difíciles de seguir é investigarse; sin embargo, cuando hay mucho rescoldo, por ceniza que se eche siempre el calor se manifiesta; y otra de las manifestaciones del fuego del amor divino, escondido en el corazón del Padre Ridaura, era el fervor con que practicaba sus devociones, siendo una de las preferentes, la del Santísimo Sacramento del Altar.

Esta devoción, como dijimos al principio, la bebió en la leche. Siendo niño, cuando al lado de sus padres vivía en Alcoy, si éstos no le necesitaban, ó no era hora de escuela, ya sabían que estaba en la iglesia, en la presencia de Jesús Sacramentado. La compostura como se preparaba para la comunión ó con que después daba gracias, edificaba á cuantos le veían.

Robusteciése en el joven Ridaura esta devoción, en los años que estuvo de familiar en el Colegio del Patriarca. Celebrábanse en uno de ellos las solemnes visperas de la Purísima Concepción, en las que estaba patente el Santísimo Sacramento, y al salir de la iglesia le vieron los colegiales y superiores con el rostro tan encendido, que á todos les parecía una cosa sobrenatural, por lo que le dirigian en sentido místico, pero humorístico, algunas palabras, á las que él contestaba con la sencillez y gracia que le distinguían, y en el dialecto del país, que siempre hablaba; pero diciéndole uno de los perpétuos ¿de dónde el bueno de Ridaura ha bebido tanta devoción al Adorable Sacramento y á la Inmaculada Virgen? contestó: *¿pues que no sap que soc de Alcoy?*

Sobre esta respuesta, dice el Pavorde Dolz en la oración fúnebre por el Venerable Ridaura: Verdaderamente que pudo gloriarse de haber nacido y ser educado en una Villa que excede á las demás del reino en estas dos devociones. El ardiente celo que manifestaron los hijos de Alcoy buscando las sagradas Formas, sacrilegamente robadas por un extranjero y los sobrenaturales signos con que quiso el Señor dejarse encontrar, interesan

sobremanera á todo corazón cristiano; y este glorioso acontecimiento, como otras manifestaciones de amor á la Santísima Eucaristía, produjeron en la patria de Ridaura una pléyade de adoradores á este augusto Misterio, cuya ferviente devoción raya en el heroísmo y cuyos antecedentes daban motivo al estudiante Gregorio Ridaura, para en la citada ocasión responder al superior del Colegio: *¿pues que no sap que soc de Alcoy?* (1)

Mas cuando fué ordenado de sacerdote, en la celebración de la santa misa, como en la preparación y acción de gracias, subía tan alto el termómetro de sus consolaciones, que varias veces dijo á su confesor, que si duráran mucho, no podría tolerarlas.

Lo que servía para la celebración del Santo Sacrificio, lo miraba con tanta veneración, que estando á su cargo la capilla de San Sebastián, titulo de su Beneficio, todos los días la barria por sí mismo, una ó más veces, no pareciéndole nunca bastante limpios los corporales y manteles de la sagrada mеса.

Cuando al visitar los enfermos ó cementerios de noche, pasaba por alguna iglesia, nunca dejaba de arrodillarse á la puerta y hacer actos profundos de adoración al Santísimo Sacramento.

Pero el siguiente caso da á entender el grado de amor que le estrechaba al Sacramento Eucarístico. Tenía un sacerdote necesidad y obligación de administrar el Santo Viático á un criminal que estaba oculto en una alquería de la huerta, y á fin de que no se apercibiese la justicia, llevóse el Señor con el mayor secreto y disimulo. Nadie se apercibió en el tránsito, solamente el

(1) Entre los muchos y ardientes adoradores de la Santísima Eucaristía, naturales de Alcoy, citaremos tan solo al V. P. Fr. Luis Jordá, Religioso Agustino, quien como Mosen Gerónimo Barrachina, cura, pasaron todas las noches de sus largas vidas sacerdotales, en la iglesia, en la presencia de Jesús Sacramentado, y cuando el sueño les rendía, reclinaban sus cabezas sobre una tabla, para á las dos horas de descanso volver á ser perpétuos adoradores del Santísimo Sacramento.

También fué patria del estático Dr. Tomás Margarit; de la Venerable Vda. Julia Aiz; de Sor Francisca Llopis; de la Venerable Beata de la tercera orden de San Francisco, Ana Castelló. Entre otros varones y vírgenes insignes, el Pavorde Don Antonio Buenaventura Guerau, fundador de la comunión mensual en la Universidad de Valencia, quien con el imán de sus anécdotas atraía á los estudiantes á la frecuencia de Sacramentos; y en premio de la elocuente defensa que hizo en la ciudad de Játiva de la original pureza de la Madre de Dios, mereció el privilegio de hallar los Lirios milagrosos de la Concepción, en el monte Carrascal de Alcoy.

Venerable Ridaura, desde el momento que le vió salir por la puerta del Real, se arrodilló bajo un árbol y como girasol que va siguiendo el movimiento del sol, aunque le cubran nubes, así seguía con su rostro el curso que llevaba el Señor, oculto bajo el manteo del sacerdote. Algunos que lo vieron arrodillado, creyeron que era uno de los raptos de fervor que solían verse en él, pero no así el sacerdote que llevaba el Sacramento, el cual vió en el Padre Ridaura el símbolo de aquella alma enamorada de los Cantares, á la que ni las paredes ni los cancelos podían ocultar la vista del Amado.

Siendo la Eucaristía el compendio y el más dulce recuerdo de la Pasión de Cristo Señor Nuestro, unía con celestial sabiduría la meditación de estos divinos misterios. Como candorosa paloma, hacía su nido en la llaga del costado de Jesús, y allí fijaba su dulce morada cuando todos los días visitaba la santa imagen del Cristo de San Salvador, ó la capilla del Santo Sepulcro en la parroquia de San Bartolomé, y si alguno le distraía en el camino, le decía: "*primer deisam beure un glopet en la amorosa plaga...*" Solía decir que no sabía cómo un cristiano podía pasar un día sin pensar un rato en la pasión del Señor. A cuantos podía, encargaba llevasen en su memoria lo que Jesús hizo con ellos, y para facilitar este recuerdo aconsejaba el ejercicio del Via-Crucis.

Vivió siempre con grandes deseos de visitar los Lugares que el Señor santificó con su presencia y Pasión, y hablaba con singular gusto de este asunto. Considerábase en Belén y le parecía que había de saltarle el corazón del pecho, por el gozo de los tiernos misterios que allí se obraron. Pasaba al Calvario, ¡Oh qué lugar!, decía, si aquí me viera una vez ¿cómo había de tener ánimo para ofender más á mi Dios? Si llegaba á su noticia que algún religioso había venido de aquellos Santos Lugares, luego le buscaba y se informaba minuciosamente de lo que había visto y después lo refería á otros con gran júbilo de su alma.

Dice el Dr. Sánchez, que cierta persona religiosa fué entibiándose en el santo ejercicio de meditar la Pasión y hacer el Via-Crucis, del cual en otro tiempo sacaba gran provecho; y una noche estando en su celda, asegura la misma persona que vió á

su lado al Padre Ridaura (que aun vivía) oyó su amonestación dirigida á que volviese á la antigua costumbre de meditar en la Pasión y hacer el Vía-Crucis, recordándole el gusto que daba á Dios Nuestro Señor en aquel ejercicio.

Pero en donde su corazón se desleía como blanda cera, y de sus labios manaba leche y miel, era cuando hablaba de la Madre de Dios.

Siendo niño, como avecilla que suelta sus alas á los primeros albores del día para alabar á Dios con sus trinos, así el niño Gregorio se levantaba al rayar el alba, para cantar el rosario de la Aurora, formando coro por las calles con los demás devotos. En aquella primera edad ayunaba en todas las vigiliass de las festividades de la Santísima Virgen. En la capilla de la Virgen de Gracia, del Convento de San Agustín, delante de la Inmaculada Virgen ensayaba los primeros requiebros de sus purísimos amores.

Cuando dejó Alcoy y la compañía de sus buenos padres, para principiar los estudios en Valencia, desde entonces fué á la Capilla de la Virgen de los Desamparados, su refugio y su centro; al cuidado y amparo de la Santísima Virgen, dejaba sus asuntos, con ella los consultaba y con candor angelical la llamaba Madre.

Cuando ya sacerdote tomó habitación cerca de la Virgen de los Desamparados, solía decir con mucha gracia: "*¡Ah, que bona vicina t'nim!*", Contados serían los días, desde el primero que llegó á Valencia, hasta la vispera de su muerte, en que no estando para celebrar, dejara de oír misa en esta Capilla y de visitarla, aunque fuese solamente por la rejilla de la puerta, y solía decir: "*Aunque no mes siga un glopet.*",

A cuantos trataba, procuraba infundirles la devoción á esta Madre de misericordia, y les encargaba que en sus festividades le hicieran algún particular obsequio. Amaba mucho á aquellos santos que fueron muy devotos y propagadores de la devoción á la Santísima Virgen; entre ellos, con culto especial, veneraba á San Joaquín y Santa Ana, pensando cuánto amarían estos santos Padres á tan santa Hija.

El mismo demonio le odiaba por la protección que recibía de la Madre de Dios: pues exorcitando en cierta ocasión á una ener-

gümena, decía con horrible saña el mal espíritu: si no tuvieras tan propicia á la Virgen, yo me vengaría de ti.

¿A quién, pues, podía temer, ni qué le podía faltar al Padre Ridaura, teniendo tan de su parte á la tesorera del cielo?

VI

Hay aromas que exhalan más fragancia cuando el fuego los va consumiendo, que cuando se ostentaban lozanos en el cáliz de la flor. Así el Venerable Ridaura, que en todos los actos de su vida edificó y perfumó con la fragancia de las virtudes á cuantos le trataron, acercándose el tiempo de su muerte, difundió en la Iglesia el buen olor de aquellas mismas virtudes, pero aquilatadas con el crisol del sacrificio.

Llegado á este punto, era ya para él todo lucro; pues si vivía era solo para Cristo; y si moría era para verle y poseerle sin el velo de la fe, en lo cual consideraba la más segura de todas las ganancias.

La paciencia y resignación con que sufría agudos dolores, daba á entender la unión íntima de sus potencias y sentidos con Dios, y cuán dominada tenía la parte irascible con el freno de la mortificación.

Según relación de los facultativos, padecía muchos y graves achaques, entre ellos dolor de hijada, arrojando piedras de bastante magnitud; dos quebraduras tan considerables, que muchas veces tenía fuera gran parte de los intestinos; supresión de orina fuerte y frecuente y redundancia de humor melancólico, capaz de destruir otra virtud que no fuese la del Padre Ridaura; y no obstante que vivía entre ascuas para subir purificado á la presencia de Dios, lo mismo dentro de su casa que fuera de ella, nadie le vió alterado, ni aun triste, sino siempre igual y tranquilo.

Sin ser de fisonomía hermosa, era simpático y á todos indistintamente inspiraba confianza para consultarle las cosas más íntimas y reservadas. Su frente era ancha y despejada, nariz afilada, color aporcelanado, ojos expresivos, la cabeza siempre

inclinada hacia la tierra y el todo de su aspecto respetuoso, más propenso á la sonrisa que á una seriedad repulsiva; su talla regular, más alto que bajo; su hábito talar basto, pero limpio y aseado; del vestido interior no hablaremos hasta el día de su muerte, pues que nadie le vió sin sotanas, y lo de bajo se lo recomendaba él mismo.

Sus modales, como sus palabras, nacidas de un corazón abierto, que estremadamente aborrecía la mentira, eran naturales, sencillas y verídicas.

Aun cuando sus advertencias y contestaciones eran comunemente intencionadas, con el cristiano fin de corregir pecados y atraer las almas al servicio de Dios; y sus comparaciones aparecían muchas veces por su naturalidad algo extravagantes, siempre eran oportunas y todas las cosas de Mosen Ridaura caían bien y eran recibidas con gracia.

Sintiendo agravarse sus dolencias, hizo testamento cerrado, entregando la plica á otro sacerdote de mucha más edad que él, por cuyo motivo no lo quería recibir, pero le obligó asegurándole que le sobreviviría, y así sucedió.

El aumento de sus dolores le privaba de hacer aquellos viajes nocturnos, con los que evitaba muchos pecados, como de las visitas á los cementerios, á los pobres y otros actos de piedad, pero no de levantarse á las cuatro de la mañana y emplear el tiempo en la oración, celebración de la santa misa, en asistir al coro, en visitar la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados y la imagen del Santo Cristo de San Salvador, que distaban muy poco de su casa, y en oír á muchas personas que continuamente llamaban á su puerta pidiéndole consejos, oraciones y bendiciones.

El tiempo que no empleaba en la oración ó en la caridad, lo ocupaba como él mismo declaró, en recibir la visita del Venerable Padre Sarrió; de aquella alma santa, todo fuego de amor de Dios, que durante quince años seguidos había sido su confesor y director, y ahora, radiante de luz con la aureola de la inmortalidad, venía á continuar su dirección y enseñanza. ¡Cuánto debía adelantar en el amor divino, con la dirección de un maestro venido del cielo!

Sus preparativos y contestaciones, indicaban que tenía conocimiento del día de su muerte.

Dos meses antes de morir, fué á una casa en donde le suplicaron que volviese para darles consuelo; y contestó: *“no sé si podré; volen que me pose en cura, y crec que tot es inútil, perque ya es tems que el sac ratja á la terra,”* y efectivamente, no volvió. A varios dijo un mes antes de morir, que se preparaba para hacer un viaje. Pero fué más explícito con un religioso, á quien escribió de su propia mano, encargando que tuviese evacuadas algunas diligencias para el día de Santa Ana, en cuyo día, le decía, tengo que hacer una jornadita. Y en ese mismo día murió.

Fué necesario operarle para la extracción de cálculos y su contestación cuando le preguntaban si sentía dolor, era: *“un poquet ó mes podia ser.”* Conoció el cirujano que los dolores debían ser intensos, y le dijo: *“Pare, ara no es cosa de un poquet,”* á lo que respondió: *“es que yo pose en una ma lo que patí el Señor y en l'atra lo que patixc yo, y no em pareix res la meua pena,”* de modo que tenía todo su contento y su gloria en estar crucificado con Jesucristo.

A mediados de Julio se le agravaron los accidentes ordinarios de supresión y humor melancólico, en cuya nueva pena, mostró la constancia increíble de su paz y mortificación, pues no se le oyó un lamento, ni perdió la serenidad que le caracterizaba.

El día veinte y cuatro, bajó al patio de su casa para oír y consolar á algunas personas que le buscaban, y con el fin de que no le faltase en este día el correspondiente ejercicio de caridad.

Se confesó con ánimo de celebrar al día siguiente, por ser San Jaime y por haberle dicho el médico que le encontraba mejor; rezó todo el oficio, pero por haber pasado toda la noche con dolores agudos, no pudo decir misa, y solo haciendo el último esfuerzo, pasó á oír la misa á la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados.

Piadosamente se creyó, que teniendo revelación del día de su muerte, según se infirió de algunas de sus palabras y con más claridad de la carta que escribió á un religioso, hizo el último esfuerzo para pasar á la capilla de la Virgen de los Desamparados, no solo á oír misa y por última vez á adorar en la tierra la presencia real de Jesucristo en la santa Eucaristía, sino también

para tomar antes de morir la bendición de su Santísima Madre: Patrona que él invocaba frecuentemente con el título de Puerta del Cielo, "*Porta Cæli*," y como sabía que dentro de pocas horas había de subir á llamar á aquella puerta, fué la vispera á recibir el pase.

Volvió á casa, y, en la tarde, le asaltaron accidentes mortales, por lo que el médico ordenó los Sacramentos. Recibió la noticia con alegría, y pidió que le dejasen solo con su confesor para prepararse á tan supremo acto. Trajeron el Santo Viático de la Parroquia de San Salvador, por ser tarde y estar cerrada la Seo. Recibió al Señor con suma devoción, siendo las nueve de la noche, cuatro horas antes de espirar. Empleó todo este tiempo en los más heróicos actos de humildad, desasimiento, paciencia, resignación, fé, esperanza y amor de Dios. Dijéronle que era hora de administrarle la Extrema-Unción, y pidió que fuese luego, pudiendo aún responder con clara y entera voz á todas las preces. Tomó en sus manos el Crucifijo, y lo apretó tan fuertemente, como ya lo tenía estrechado á su inflamado corazón.

Iban apretándole los accidentes, el pulso desmayaba á toda prisa, pero abstraído de todo, como si sólo en él viviese Cristo, aparecía alegre, risueño y sin dar muestra de decaimiento.

Instantáneamente esparcióse por la ciudad la noticia de que Mosen Ridaura estaba agonizando, y, aunque muy adelantada la noche, presentáronse en la casa del paciente multitud de personas de todas las clases sociales, y no hubo medios para impedirles la entrada en el aposento del enfermo. Todos le pedían la bendición, á lo que resistía su humildad, pero el confesor le mandó que lo hiciera, y bendijo á cada uno haciéndoles la señal de la Cruz y dirigiéndoles con voz entera y rostro sereno, como si estuviera sano, palabras de edificación que nunca pudieron olvidar, sino derramando fervientes lágrimas iban saliendo del aposento.

Las doce anunciaban la entrada del sábado, día veinte y seis de Julio del año 1704, dedicado á honrar la memoria de Santa Ana, á la que siempre había manifestado cordial devoción, siendo el cuadro de esta Santa el único que había admitido su delicada pobreza y le tenía á la vista del dormitorio. Sus fuerzas iban des-

falleciendo, y al dar la una, aquellos cólicos nefríticos que andaban fluctuando, rompieron con ímpetu en una fluxión copiosa por la boca y narices; y en menos de dos minutos... durmió en el Señor.

Así lo cree la piedad, y su ejemplar vida dá motivo á no dudarle; en ese momento descansó de sus trabajos; entregó su alma en manos de su amado Jesús; pasó de su pobre lecho á las moradas eternas; salió de la cárcel de esta miserable vida, para ser coronado por cortesano del cielo; en este momento, recogió el fruto de una vida santa.

El buen Angel debió llevar la noticia de la muerte de Mosen Ridaura á muchas personas devotas, pues al rayar el día, vióse inundada, ó, mejor dicho, asaltada la casa mortuoria, por personas de todas condiciones, para venerarle y conseguir algo de los pobres muebles que dejaba en su habitación, particularmente de los objetos de piedad, como el crucifijo, el rosario, cilicios y otros instrumentos de mortificación.

¡Cosa admirable! hasta los remiendos viejos y apolillados, se repartían entre las personas de mayor posición y nobleza, con más empeño que entre avaros pudiera repartirse el oro.

Verdad es, que ya viviendo el Venerable Ridaura, era amado y venerado de todos, porque su benignidad, apacibilidad, pobreza voluntaria, caridad sin distinción, robaba la estimación y voluntad de todos, no habiendo una persona de espíritu que no le tuviese por varón justo; ni de calidad que no le respetase; ni clase alguna que no le reverenciase como sacerdote de extraordinaria perfección. (Sánchez, 2 y 4)

Pero así como el oro en la mina no luce por la escoria que le cubre, así la humildad de Mosen Gregorio Ridaura, encubriendo todas sus obras con apariencia basta y ordinaria, las obscurecía y ocultaba; mas vino la muerte, quitó esta cubierta de lodo, y apareció brillante el oro de sus virtudes; rompióse el vaso, y todo quedó perfumado con la fragancia del bálsamo que en él se contenía.

Creció tanto el concurso de gentes que pretendían verle, que para evitar tumultos hubo de darse providencia que se adelantase el entierro, temiéndose, que si llegaba á divulgarse esta noticia por los pueblos de la huerta, no bastaría la guarnición de Valencia para contener el empuje de las masas, que se precipitarían

por ver y venerar el cadáver de Mosen Gregorio (1). Allí vióse lo que no podía presenciarse sin devoción ni ternura. Para llevar el féretro que bastan cuatro hombres, se juntaron veinte beneficiados de la Seo, y no fueron más porque no prestaba para mayor número, que á prestarse, ninguno hubiera renunciado á esta dicha. Así lo llevaron á la iglesia, y lo sostuvieron sobre sus hombros mientras se cantaron solemnes visperas de difuntos y se hizo el oficio de sepultura. Concluido este acto, fué trasladado del féretro al ataúd con la inscripción que le había dedicado el Ilustrísimo Cabildo.

Mosen Gregorio Ridaura ha quedado cubierto bajo de una losa de mármol, sobre la que está grabada esta inscripción:

D. O. M.

Jacet hic

Venerabilis Gregorius Ridaura Alcodiënsis

Valentin. Eccles. Beneficiarius

Qui

Charitatis, Humilitatis, Paupertatis, Castimonæ

Eximius Cultor

Crucis Mortificationem semper in suo corpore circumtulit

Infirma sepius valetudine.

Sortitus animam bonam, rerunq; celestium

Aprime studiosam

Jugi virtutum omnium exercitatione meliorem reddidit

Optinan posuit

Die XXVI Julii Ann R. S. MDCCIV Etatis suæ LXIII

Perillustre hujus Metrop. Eccles. Capitulum et Canonici

Piissimi sacerdotis egregie de sedeque, Eccles. meriti Exuvias é comuni sepulcro in

hunc honoratiorem tumulum

Dom. Arch. Decret. transferri curarunt

Anus R. S. MDCCXLI.

(1) Para los que presenciaron, como nosotros, lo que sucedió en Alcoy en la muerte y entierro del penitente Casimiro Barelo, pobre mendigo y extranjero, desconocido de todos, á cuyo último acto podemos asegurar que asistieron lo mismo treinta que cuarenta mil espectadores, no pudiendo añadirse más magnificencia al entierro de un príncipe ó potentado de la tierra, no debe parecer extraño ni exagerado lo que aconteció en Valencia en la muerte y entierro del Venerable y popular sacerdote que nos ocupa.

Los atractivos y simpatías que alcanza la virtud, nadie los ha medido. Dios exalta á los santos y humildes, aun aquí en la tierra.

La capilla de San Sebastián en la Seo, título de su Beneficio, en donde celebraba el Santo Sacrificio de la misa, y era testigo de sus fervores y de las elevaciones de su espíritu, es la depositaria de los venerables restos de este admirado sacerdote.

Pero Dios Nuestro Señor que levanta á los humildes de corazón y exalta á los que por su amor supieron pisar las vanidades del mundo, inspiró varias demostraciones de veneración y de honra por un sacerdote que en concepto de él mismo, era menos que la nada; que se trataba y vestía pobremente; y que se escondía de todos como si fuera el oprobio del mundo.

Muchas fueron las solemnes exequias y honras que se celebraron por este siervo de Dios, algunas de ellas con oración fúnebre, de las cuales hemos visto tres impresas, y otras que se predicaron, pero no se dieron á la imprenta.

Mas la virtud de Mosen Gregorio Ridaura no ha quedado encerrada en la estrechez del sarcófago, sino así como á la capa de Elias, le quedó virtud para obrar prodigios, también á los pobres vestidos de este sacerdote les comunica Dios virtud para consuelo de muchos.

Diferentes son los que aseguran que con la aplicación de objetos del uso de Mosen Ridaura, han mejorado ó curado de sus dolencias y enfermedades. Entre otros, una mujer que de sobre parto padecía una vehemente calentura, gravísima á juicio de los facultativos; confiada la familia en la intercesión de Mosen Ridaura, pusieron sobre la enferma una media de las que llevaba el Venerable, y al momento la dejó la calentura, lo cual reconocieron los facultativos ser milagroso.

Otro de los casos en que el pueblo ha reconocido más intervención y asistencia en Mosen Ridaura, es en aquellos en que le han invocado para hallar cosas perdidas; siendo muchos los que hacen relación, de que desesperados de hallar papeles ú otros diferentes objetos, invocada la asistencia del siervo de Dios, los han encontrado, y muchas veces en los mismos lugares antes ya reconocidos.

Lo que sigue, tiene la autorización de la curia eclesiástica, después de una información de testigos á instancia del Promotor Fiscal. Celebróse el viernes veinte y uno de Noviembre

de 1704 el funeral de misa con oración fúnebre y solemnes responsos en la parroquia de San Salvador de Valencia por Mosen Gregorio Ridaura. Para iluminar el túmulo, tomaron de un depósito de cera veinte ciriales con peso de noventa y ocho libras, pesados con buena balanza en presencia de los interesados, varios sacerdotes y el fabriquero. Celebróse el acto que duró más de dos horas y media, en cuyo tiempo estuvieron encendidos los ciriales, los que al ser devueltos al depósito, para satisfacer la cera consumida, volvieron á pesarles en la misma balanza y en presencia de los mismos interesados y sacerdotes, los que con mucha admiración vieron que pesaban las mismas noventa y ocho libras que antes, ni una onza menos ni más. Repitieron varias veces la operación de pesarles y contarles, y cuando por una sumaria de testigos hubo toda la seguridad que humanamente puede pedirse, no pudiendo haber equivocación en el número ni el peso, antes y después, se extendió acta ante el Tribunal Eclesiástico.

Entre los papeles de Mosen Gregorio Ridaura se encontraron escritos de su propia mano, los siguientes documentos, en los que se ve condensada la doctrina observada por él y la que aconsejaba á las personas con las que tenía comunicación espiritual.

Los puntos que ha de pensar y meditar el cristiano, son nueve, los tres miran á sí mismo; los tres al prójimo y los otros tres á Dios.

Los que miran al mismo cristiano, son:

El 1.º Tener delante de los ojos la flaqueza y miseria de su naturaleza; lo poco que es; lo poco que entiende; lo poco que puede y lo poco que hace; siendo mucho lo que debe y está obligado á hacer, según su estado y vocación.

El 2.º Pensar en la brevedad de su vida, y certidumbre de su muerte: considerándose como si ya hubiese de espirar; y teniendo presente cuán presto ha de ir á dar cuenta al tribunal del juicio de Dios, de todo lo que hace, dice y piensa.

El 3.º Considerar la fealdad de sus pecados y malas inclinaciones, con gran dolor de haberlos cometido, poniéndose delante de Dios, para que se les perdone y le asista con el remedio de

que necesita. Hará especial reflexión sobre el pecado de la ingratitude que ha tenido para con Dios; considerando lo mucho que le debe, lo poco ó nada con que le corresponde y sirve; y las ofensas que le hace.

Los que miran á los prójimos, son:

El 1.º Tener cuenta con los que son buenos y virtuosos, y se precian de ser buenos cristianos, para imitarles, aprovecharse de su ejemplo y procurar juntarse con ellos, para conseguirlo y ser mejor. Y también se tendrá cuenta con los malos y perversos, para apartarse de sus malos tratos y conversaciones; y rogar á Dios por ellos.

El 2.º Tener cuenta con los necesitados, especialmente con los que tienen presentes y cercanos para socorrerles, así en las necesidades del cuerpo como del alma, según su posibilidad; y si no se puede con obra, con buenos deseos, rogando á Dios por ellos.

El 3.º Tener cuenta con todos en general, para no ofenderles injustamente, ni escandalizarles; antes bien, edificarles con su buen ejemplo, según la vocación y estado, en que Dios le puso.

Los tres que miran á Dios, son:

El 1.º Pensar en los beneficios que cada día recibe de Dios; especialmente, en los de la creación y conservación; y sobre todo en el estimable de la Redención; no tibiamente, sino recogién-dose para considerar parte por parte y desmenuzadamente todo lo dicho; hasta despertar si pudiere, el amor de Dios en sí. Y juntamente pensará en la gran paciencia que Dios tiene en sufrirle, pecando tantas veces y esperando el Señor que haga penitencia.

El 2.º Considerar la gloria que ha de dar Dios á sus escogidos; que excede á todo humano pensamiento.

El 3.º Considerar las penas infernales, que tiene Dios aparejadas, para siempre, para todos los incrédulos y malos.

Soli Deo honor et gloria.



BIOGRAFIA

DEL DOCTOR

MOSEN VICENTE ALBORS Y GISBERT

Beneficiado de la parroquia de Santa María de Alcoy

Entramos ahora en el estudio biográfico del Dr. Mosen Vicente Albors, con la seguridad, que nuestra fé y nuestro patriotismo se conmoverán dulcemente ante varón tan preclaro, ministro de una religión que es la nuestra, é hijo de la misma patria que nosotros.

El estudio de este hombre insigne ha de interesar precisamente á todos, muy en particular á los alcoyanos, porque en favor de ellos hizo esfuerzos heróicos de inteligencia y actividad para librarles de una calamidad tan duradera como espantosa, cambiándola en la situación más deliciosa y abundante. A los demás, y á todos también, debe enamorar la nobleza de un corazón generoso, dispuesto hasta el sacrificio, sin aspirar á otra corona que á la ofrecida á los que hacen bien á su prójimo por amor á Dios.

¡Un sacerdote salvando á su patria en el orden material, sin descuidar los sagrados deberes que le impone su estado! ¡Cuánto dice y cuánto enseña esta afirmación, si se quisiera aprender!

Para edificación y ejemplo de todos, escribimos esta biografía, la que debiendo ser juzgada por un ilustrado Jurado sostenedor del habla valenciana, nos complacemos en principiarla copiando literalmente y en su propio dialecto la partida de bautismo de Vicente Albors, de uno de los libros sacramentales del archivo

de la Parroquia de Santa María de Alcoy, que comprende los años de 1719 á 1729.—Dice así:

“En vint i tres dies de el mes de Octubre de mil setsens denau. Yo Mosen Visent Perez, Prebere Vicari; Bategí segons lo ritu de la Santa Mare Iglesia, á Visen, Pere, Rafael, fill de Chochim Albors i Thomasa Gisbert, conjuges. Foren Padrins Thomás Gisbert i Josepha Vilaplana. El cual naixqué dit dia, mes i aña.—Mosen Visent Perez, Prebere Vicari.,”

Este niño fué el Doctor Mosen Vicente Albors y Gisbert, el que tanta gloria había de dar á Dios en el estado sacerdotal; tantas lágrimas había de enjugar á sus contemporáneos con su bien ordenada caridad; y tanta honra y abundante porvenir había de preparar á su patria con su actividad é ingenio industrial.

Estudió primeras letras y gramática latina en su patria natal; y sintiéndose llamado al sacerdocio, cursó Filosofía y sagrada Teología en la Universidad de Valencia, en donde recibió el grado de Doctor.

En 1744, obtuvo colación y posesión canónica del Beneficio número 2, fundado en la parroquia de Santa María de Alcoy, con la invocación del Santísimo Sacramento, con cuyo título fué admitido á las sagradas órdenes.

Registrando los libros de Actas y Racionales en el archivo de esta parroquia, encontramos al Doctor Albors desde los primeros años de sacerdote y beneficiado, asídulo en la asistencia al coro y á todos los actos de la parroquia, promoviendo ejercicios de celo para la gloria de Dios y bien espiritual del pueblo, al mismo tiempo que ejercía los cargos entonces más importantes de la parroquia, entre ellos, el de Archivero, y también, juntamente con el Doctor Ignacio Sempere, el de Síndico, que era el destinado á defender los intereses del Clero en el terreno legal; lo cual nos dá fundado motivo para creer, que Mosen Vicente Albors, además de Doctor en Teología, era cuando menos Licenciado en Derecho Canónico, pues que en la misma corporación, había entonces otros beneficiados graduados en esta facultad.

Lo expuesto, bastaría para considerar al Dr. Albors como un honorable sacerdote, dechado de beneficiados. Mas el fuerte, ó

la virtud predilecta del Dr. Albers era la caridad con el prójimo; y la tormentosa época de 1754 á 1766, ofrecía á su magnánimo corazón vastos horizontes donde ocuparse en el ejercicio de esta divina virtud.

Para formar una aproximada idea de los excelentes servicios que este magnánimo sacerdote prestó á sus compatriotas y á su patria, vamos, como digresión histórica, á recordar el estado de abatimiento y postración en que se encontraba Alcoy en dicha época.

Todo lo que en este período de doce años ocurrió á nuestros antepasados, interesa y merece estudiarse, ya se les considere oprimidos bajo la pesada mano de Dios por terribles azotes, ya activos é ingeniosos dando incremento á las industrias entonces establecidas y vida á otras nuevas, para procurar medios de aliviar la situación económica; ó ya como católicos, implorando la misericordia de Dios y llevando á término obras de religión importantes.

Como época aciaga, vemos reproducirse los terremotos del siglo anterior, de la manera más espantosa; la sencilla lectura de los cronistas que narran estos tristes acontecimientos, aflige el corazón; baste decir que en los años 1756 y 57, no pudieron celebrarse los oficios de Semana Santa, y las fiestas de San Jorge se convirtieron en días de lamentos y de rogativas públicas.

Pero no solamente era el azote de los terremotos el que en esta época afligía á Alcoy, al mismo tiempo que á otros pueblos y reynos, era también la devastadora langosta, la que talaba los campos, reduciendo á los labradores y propietarios á la más espantosa miseria.

Al leer en las crónicas de esta época los estragos que causaba en los campos la langosta y la miseria á que quedaban reducidos los pueblos, el ánimo desfallece ante los innumerables medios que Dios tiene para humillar á los hombres.

Tal, dicen, era la abundancia de estos insectos, que de las plantas y sembrados dejaban tan solo las cañas secas, y de los árboles y arbustos el tronco y las ramas. Soplaban vientos huracanados y venían lluvias torrenciales que lo arrastraban todo, todo, menos la langosta. Caían nevascos que impedían las comu-

nicaciones, aumentando la miseria, y al desaparecer la nieve, saltaba la langosta más viva y multiplicada que antes. Los ganados y bestias de carga, perecían; las aves de corral ó domésticas, se envenenaban comiendo langosta, y no solo eran invadidos los campos, sino que penetraban en los pueblos, dentro de las casas, en los dormitorios, en las despensas, alacenas y cajas más bien cerradas, viéndose obligados á desalojar y tapiar algunas calles como la de las Gallinas, que luego tomó el nombre de San Gregorio de Ostia, y la del Caracol. (1)

No se interrumpían los actos de fervor religioso en oraciones privadas y públicas, en penitentes romerías á las ermitas de San Cristóbal, San Antonio, á la Purísima de la Fuente Roja; procesiones con el Niño Jesús del Milagro y con el Santísimo Sacramento; se repetían las aspersiones de los campos con agua de San Gregorio, y la Justicia de Dios no se daba por aplacada.

Tantas fueron las provincias y términos invadidos por esta plaga y tantas las gentes que se dirigían á Navarra, al Santuario de San Salvador de Peñalba, en donde descansan los restos de San Gregorio de Ostia, para tomar agua bendita pasada por sus reliquias, que el Rey D. Fernando VI, en 1756, mandó que una comisión de sacerdotes, designada por el Obispo de aquella Diócesis, llevase el cráneo de San Gregorio, Cardenal Obispo de Ostia, por toda la monarquía y que hiciese estación en las provincias y pueblos invadidos por donde transitase carruaje, á fin de que todos pudiesen tomar agua pasada por las reliquias del Santo, y con ella rociar los campos. (2)

Después de Dios, se acudía á la ciencia, ensayándose todos los medios humanos y obedeciendo órdenes superiores.

Se recogían miles de arrobas de huevos y de insectos, hasta agotar los recursos del municipio, de los gremios y de los particulares; pero todo sin efecto. La pobreza y la aflicción pública tocaban ya á su término. (3)

(1) Historia sobre el Patronazgo de San Gregorio de Ostia. Y en un libro de acuerdos Municipales, de esta época.

(2) Dice el P. Picher en su Crónica de Antigüedades históricas: Que salió una Comisión del Clero y Ayuntamiento á Villena para tomar agua de San Gregorio, por no haber seguro camino de rueda para esta Villa.

(3) Para que se comprenda hasta dónde llegaba la intensidad de la plaga de

En este estado de aflicción y de penuria se encontraba Alcoy, cuando aparece como una providencia la interesante figura del Dr. Mosen Vicente Albors, Beneficido de nuestra Parroquia.

Poseedor este sacerdote de un pingüe patrimonio, dotado de clara inteligencia y de un corazón generoso, dispuesto para el sacrificio, supo, en tan azarosas circunstancias, aprovechar la laboriosidad y genio industrial de sus compatriotas, para promover nuevas industrias, perfeccionar y extender las ya establecidas, reglamentar y organizar sociedades mercantiles, facilitar medios para la aportación de materiales y extracción de manufacturas, logrando con un constante y esforzado ingenio, levantar el abatido espíritu del pueblo, á quien proporcionó trabajo crédito y recursos para el bienestar de la vida y para llevar á buen término las obras de religión principiadas.

Antiguo é inmemorial es el principio de la fabricación de paños y otros tejidos de lana en Alcoy. En 1278, ya tenía el Gremio de Pelaires altar dedicado al Arcángel San Miguel, como Patrono del Gremio, al lado del altar mayor, en nuestra primitiva Parroquia de la Asunción, y casa-lonja en la calle dels Llocs Tinens. (1)

la langosta, copiamos de la Historia sobre el Patronazgo de San Gregorio de Ostia, del Cronicón del P. Picher y de un cuaderno del Archivo Municipal:

“En 14 de Abril de 1757, dió orden el Magistrado de la Villa, para que los que quisieran recoger langosta de cría, por cada arroba que presentasen se les abonaría 5 sueldos. En consecuencia de esta disposición, en los días 15 y 16 de Abril se pesaron en la balanza establecida en la plazuela de Santa Bárbara 82 arrobas. El día 17 se recogieron 138 arrobas. El día 18, 110 arrobas. El 19, 150 arrobas. El 20, 295 arrobas. El día 21, 350 arrobas además de las que gratuitamente y sin presentarlas al cobro, recogían y quemaban en diferentes heredades. En este año 1757, como en los dos anteriores, no se celebraron las fiestas de San Jorge; en los días restantes del mes se recogieron 831 arrobas, rebajando el precio hasta 3 sueldos.

Continuóse esta caza hasta el 9 de Mayo, en cuyo día, propio de San Gregorio de Ostia, después de haber rociado los campos con agua pasada por las reliquias del Santo, se dió aquel año por concluida la langosta. Se cantó el Te-Deum, celebróse misa con música y sermón y por la tarde procesión, en la que fué devuelto el santo á la iglesia de San Jorge, en donde tenía su altar propio., (Hoy dedicado á la Aurora.)

(1) La calle dels Llocs Tinens, llamada después del Barón de Ares, es hoy la calle de San Blas. Estos datos los hemos tomado del libro intitulado “Capitols é ordenacions del Ofisi de Pelaires de la Vila de Alcoy, decretats per lo Governador de Valensia que principia en 1561.” En el cual se lee que la proclamación del Arcángel San Miguel por Patrono del Gremio, fué autorizada en 1278 por el Escribano Bernardo Carreres. (Archivo de la Real Fábrica de Paños).

Pero faltos estos industriales de vías de comunicación y aislados los capitales, carecían de medios para superar miles de inconvenientes para la vida y extensión de sus artefactos. Así es, que la fábrica de paños, única industria que existía en Alcoy, según se deja comprender por el movimiento de la Bolla, llevaba una vida de alternativas; y unidos los inconvenientes de siempre á las calamidades presentes, estaba en decaimiento. Y todos estos tremendos obstáculos fueron vencidos y superados en una época pobre y calamitosa en extremo, convirtiéndola en la más industrial y abundante de cuantas registra nuestra historia, debiéndose este vital avance de la industria lanera de Alcoy, al genio emprendedor del Doctor Mosen Vicente Albors.

En 1755, el dicho Dr. Albors, hizo comprender á varios fabricantes de paños y otros tejidos de lana, que, reunidos en cuerpo de compañía, podían perfeccionar la fabricación. Efectivamente, reunidos algunos capitales y gobernados por estatutos que formó el dicho capellán, compraron galeras para el porte y transporte de materiales y manufacturas hasta Almansa, y construyeron una casa-lonja para depósito de artefactos y materiales de fabricación. (1)

A semejanza de esta compañía, formáronse otras con igual objeto.

Tal fué el movimiento que el Dr. Albors dió á la industria lanera, que no bastando los vecinos de Alcoy para desempeñar las operaciones de cardar é hilar la lana, (todo entonces se hacía á mano) ofrecieron trabajo á los vecinos de los pueblos comarcanos, y, desde luego, aceptaron á los de Beniloba, de Penáguila, Benimarfull, Concentaina, Agres, Alfafara y algún otro; resultando que el beneficio proporcionado por el Doctor

(1) Hemos tenido la satisfacción de haber podido encontrar y leer varias cartas y retazos de cuentas pertenecientes á esta compañía, y á la fábrica de papel, (de la que luego nos ocuparemos) y en todos los escritos se deja ver claramente la ilimitada confianza que este sacerdote merecía de los fabricantes asociados y de otros acaudalados que le habían entregado capitales.

En cuanto á la influencia que tenía con las autoridades locales y hasta con el Gobierno del Estado, él supo conseguir que se compusieran los caminos vecinales hasta Almansa; en su tiempo fué construído ó principiado el puente de San Roque, y la cuesta del Salto se hizo viable para carros.

Albors, no sólo fué para sus compatriotas, sino que alcanzó á multitud de vecinos de los pueblos del contorno. (1)

De suerte que bien considerado el Dr. Albors de cerca y en su misma época, fué y debió ser tenido como un inteligente industrial, como un hábil y atrevido comerciante; y lo que en nuestro concepto debe admirarse más, (en aquella época) como un banquero que reunía la más ilimitada confianza. (2)

Así Mosen Vicente Albors, llama la atención general y atrae las miradas de propios y extraños por el doble carácter que presenta.

Porque ¿pueden conciliarse en un solo hombre profesiones tan diversas y casi contrarias como son, la de sacerdote y la de industrial? ¿No se rechaza la una á la otra? ¿Qué tiene de común la fábrica y el templo; el breviario y el libro de cuentas; la agitación vertiginosa del trabajo y el recogimiento y silencio del tabernáculo?.... Y sin embargo, en nuestro caso, se identifican en Mosen Albors estos extremos de un modo maravilloso, hasta el punto, que el uno explica al otro.

A los pies de Jesucristo, y elevando el ejemplar sacerdote fervorosas plegarias, mereció recibir del cielo la inspiración de

(1) Hemos conocido algunos ancianos que alcanzaron los tiempos anteriores á la introducción de máquinas, y referían, que en los días de la semana destinados para venir á tomar la lana, como para devolverla elaborada y recibir el jornal, se veían los caminos que de dichos pueblos conducían á Alcoy, cubiertos de gentes, las cuales, dieron tal preferencia al trabajo de la lana al del cultivo de los campos, que cuando en 1820 principiaron á construirse edificios para con fuerza hidráulica mover los primeros tornos mecánicos para hilar la lana, previendo que para estos trabajos serían preferidos los operarios de Alcoy, vinieron de dichos pueblos numerosos grupos para destruir é incendiar dichas máquinas; y efectivamente, llegaron á quemar algunas, no obstante haberse puesto la milicia urbana sobre las armas.

(2) Entre fragmentos de cuentas y papeles sueltos hallados en poder de un descendiente de la familia del Dr. Albors, leímos que tenía recibidos á préstamo al 4 por 100: De D. Diego Julián López de Haro, vecino de Ciudad Real, 230 000 reales de vellón. De doña Isabel Francisca Atelgarexo, vecina de San Clemente, 123 000 reales de vellón. De D. Gregorio Mayans y Siscar, de Onteniente, 100.000 reales de vellón. De Albaida (sin nombre) 40.000 reales de vellón. De Ibi (sin nombre) 14.000 reales de vellón. Estas cantidades en un documento suelto; no hemos podido dar con otro. En otro escrito observamos que dichas cantidades iban saldándose, y al mismo tiempo trasladando los cuidados de la industria lanera á sus hermanos Joaquín y Francisco; pero siempre bajo la garantía y firma del Doctor Albors.

procurar la salvación de su pueblo y el bienestar de sus conciudadanos.

Obra tan colosal de caridad no podía realizarla el Dr. Albors, con solas sus fuerzas. Dios la inspiró al fervoroso Beneficiado en el recogimiento y oración; y le inspiró no esa caridad ordinaria que se ejerce con una limosna que se dá al pobre, sino la caridad ámplia, generosa, difícil, inteligente que se extiende y alcanza á todas las clases sociales, á todo Alcoy, por medios dignos y nobles de prosperidad y de vida.

Así, el Dr. Albors, orando como sacerdote, recibió la gracia del industrial, cuyas salvadoras influencias sintió toda esta región; y ved aquí conciliado en este caso particular, al sacerdote y al industrial en la persona del Beneficiado de Santa María.

Sin embargo, lo expuesto podemos decir que es como la primera parte de la expansión ó desahogo de la caridad de este egregio sacerdote; todavía queda mucho para admirar la grandeza y latitud de su corazón.

Con el impulso dado á la fabricación de paños, veía remediadas las urgentes necesidades que afligían á sus compatriotas; con su mirada de águila veía más; veía descuidada en España una industria de grandes esperanzas; y, considerada la posición desnivelada de Alcoy y los abundantes manantiales con que la naturaleza la había dotado, fundaba en ella el porvenir de su patria. Y esta industria que el Dr. Albors fantaseaba, era..... la fabricación de papel blanco y clases superiores.

Algún molino de estraza y lo más de papel de imprenta y clases ordinarias, habían existido en las próximas riberas de nuestros ríos; y el Dr. Albors, llevando adelante sus planes, adquirió por escritura otorgada ante el Notario Tomás Gisbert, en 30 de Octubre de 1755, el batán perteneciente á la herencia de Luis J. Blanes en el Molinar, con tres saltos de agua, y, previa licencia del Intendente General del Reino, lo convirtió antes del año 60 en fábrica de papel y cartones, para lo cual vinieron carpinteros de la fábrica de papel de la Cartuja de Val de Cristo, cerca de Segorbe.

El Dr. Albors montó en este edificio su grande fábrica de papel en la que puso hasta 24 pilas, principiando á hacer papel

blanco y de clases superiores hasta florete, aventajándose, entre todas las demás clases, en la llamada de Rey, la que presentó en Madrid haciendo contrata con las oficinas del Estado.

Tan general éxito y aceptación tuvo el papel fabricado en el molino del Dr. Albors que antes del año 80 del mismo siglo, ya contaba la fábrica de papel de Alcoy con 21 molinos, y, en estos, 168 pilas ó morteros. (1)

El interés que en esta azarosa época había despertado la fabricación de papel de escribir en Alcoy, es conocido por varios conductos, entre ellos citaremos una circular de la Real Junta General de Comercio y Moneda, dirigida al Dr. D. Vicente Albors, Pbro., en 17 Mayo de 1763 (cuyo autógrafo tenemos á la vista), la que fué trasmitida á dicho capellán por medio de la Real y Particular Junta de Comercio de la ciudad y Reino de Valencia, suscrita por el Marqués de Jura-Real.

En dicho escrito manifiesta la Real Junta “vivos deseos de que el papel de esta fábrica tenga fácil y preferente despacho, á fin de que, recompensada la industria de los naturales, se logre por este medio retener las riquezas que en este importante ramo se van al extranjero.,” Así mismo desea dicha Real Junta saber el número de molinos y de resmas que se fabrican cada año, especificando las clases de cartones, y de papel de escribir, desde la ínfima clase hasta el superfino y florete; de cuyas clases pide que se envíen por muestra otros tantos cuadernillos.

El dirigir este escrito, no al presidente ni á la Junta de Fábrica, sino al Dr. Albors, demuestra claramente que no sólo este nombre era conocido en las altas esferas de la nación, sino que él representaba y era el principal agente de esta nueva industria.

Mas tanto el crédito como el nombre del representante de la fabricación de papel en Alcoy, no quedaban circunscritos á España, sino que salvando los límites peninsulares eran conocidos en el extranjero. Así lo vemos por una carta del Dr. Albors, dirigida á D. Gregorio Mayans y Siscar en 1.º de Septiembre de 1764. En ella le manifiesta que se había puesto de acuerdo con un

(1) Aun no se habían establecido los cilindros.

extranjero que habia estado ocupado tres años en las fábricas de papel de Holanda, las más adelantadas del mundo; y á imitación de aquellas y poseyendo planos, “estoy, dice, montando una máquina llamada cilindro, la que espero ver operando antes de Navidad, con cuyo adelanto multiplicaré la cantidad de resmas y abarataré su precio, y si consigo esto, tendrá nuestro Reino el honor de ser el primero que ha traído á España este nuevo descubrimiento. Me aseguran que en Francia, pudo descubrirse este adelanto, pero que no hay más que una fábrica de esta clase que la tiene el Rey como por regalia y grandeza., (1)

Por otras notas halladas al acaso, hemos leído, que, ó por haber decrecido en aquel año el manantial de agua del Molinar, ó por la complicación de engranajes en el nuevo invento, no pudo por entonces lograrse el efecto esperado; mas, á nuestro entender, en nada disminuye esta avería la grandeza de miras que abrigaba el magnánimo corazón de este sacerdote á quien la industrial Alcoy debe estar reconocida.

Más aún, inspirados por el mismo Dr. Albors, y con su concurso, montaron Joaquín y Francisco Albors, hermanos del dicho capellán, una fábrica de Indianas estampadas y de lienzos blancos de hilo y algodón, cuya dirección estaba á cargo de un extranjero, Mr. Peyre.

De esta manera y con tan ingeniosa y cristiana actividad, conjuró el Beneficiado Dr. Mosen Vicente Albors, los conflictos que pesaban sobre esta población, suficientes y sobrados para anonadar y reducir á espantosa miseria á otras de mayor importancia. El buen espíritu de este sacerdote, animado de verdadera caridad y de un ardiente amor á la religión y á la patria, abrió un camino á nuestros abuelos, no sólo para que procurasen recursos con que atender á sus primeras necesidades, y poder legar á sus descendientes con el crédito y la industria, medios decorosos para subsistir, sino que también contribuyó poderosamente al engrandecimiento de su patria, y, en el orden religioso, á la conclusión de la Parroquia de Santa María, entonces en construcción, obra colosal para Alcoy, en aquella época.

(1) Esta carta se conserva en la colección de autógrafos inéditos de la Biblioteca Mayansiana, recogidos por D. José E. Serrano.

Al Dr. Albors, como fundador en Alcoy de la fabricación de papel blanco de superiores clases para escribir, y como experto en el trato y gobierno de los trabajadores, se le atribuye con fundamento el reglamento para los operarios de la industria papelera, en cuyas disposiciones respecto á los días y horas de trabajo y de otras cristianas y buenas costumbres que, con fuerza de ley fueron observadas por fabricantes y operarios, se dejaba ver la mano del sacerdote fundador y el espíritu cristiano con que nació y se conservó este oficio hasta entrado el segundo tercio del presente siglo, en cuyos agitados tiempos, por medios de todos conocidos, vino el enemigo y sembró la cizaña de la mala doctrina, pervirtiendo la generalidad de la clase, con detrimento de obreros y patronos.

Aunque los compromisos que Mosen Vicente Albors tenía contraídos en dichas empresas y en su dirección, de la que era reconocido como su principal agente, parece que debían absorber por completo su atención, descuidando los deberes sacerdotales, sin embargo, la historia nos lo presenta como un sacerdote ejemplar y fiel á su vocación, que al mismo tiempo que llevaba adelante dichas empresas, era celoso de su propia santificación y de la de sus prójimos, desplegando con fines puramente espirituales, toda la inteligencia é intención con que á la vez procuraba el bien material de sus compatriotas.

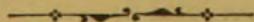
Para asegurarnos en esta aseveración, hemos registrado los libros Racionales y de Actas del Archivo de Santa María, y en ellos encontramos el nombre del Dr. Albors, asiduo en la asistencia al coro y demás actos de la parroquia, y esto en los años de más compromiso en sus vastas empresas. Y como Síndico del Reverendo Clero, también lo vemos celoso defensor de los derechos de la Corporación, con la entereza y rectitud propias de un sacerdote.

Por último, y en confirmación de lo dicho, extractamos la Acta notarial en la solemne colocación de la primera piedra para una casa de ejercicios espirituales en el Rincón del Gatell, término de la Fuente Roja, en 27 Abril de 1767, cuyo autógrafo tenemos á la vista. En ella se nombra al Dr. Albors como el alma de la Congregación sacerdotal de esta Villa; y en la misma se

inserta una carta del Ilmo. Sr. Obispo de Tricomi, auxiliar del Ilmo. Arzobispo D. Andrés Mayoral, facultando al Rvdo. Cura de la parroquia, para que en su sustitución y nombre, coloque la primera piedra para dicha casa de Ejercicios Espirituales, cuya fundación, dice el Ilmo. Obispo, “la consideraba como una obra en la que estaba interesada la gloria de Dios, el esplendor del estado eclesiástico y el bien general de los fieles de toda la Diócesis,;” y concluye dicha carta, encargando al Rvdo. Cura “que para la realización de esta obra, ayude con todos sus esfuerzos al Dr. Vicente Albors que se ha tomado la mayor parte en tan importante obra., De todo lo dicho, puede inferirse el buen espíritu que animaba al egregio sacerdote.

Todas estas consideraciones ponen en nuestros labios aquellas palabras que San Bernardo decía en su tiempo á los religiosos de las órdenes militares: “que al tañido de la campana iban como mansos corderos á la oración, y al estridente sonido de la trompeta se lanzaban bravos como leones sobre el enemigo. Dios, decía, ha hecho este prodigio verdaderamente admirable á nuestros ojos., Séanos también dado decir á nosotros, ante la noble y gallarda figura de Mosen Vicente Albors, ejemplar sacerdote y atrevido industrial, salvando á su pueblo en épocas difíciles y tristes. ¡Dios ha hecho este prodigio! ¡el Señor le ha suscitado visiblemente para salvar á Alcoy!..... ¿Quién, sino Dios, puede hacer que un digno ministro de la religión, hombre espiritual por excelencia, y á la vez industrial, activo, inteligente, de poderosa iniciativa, sea capaz de salvar á su patria de una tremenda crisis? Digamos desde luego, que el Dr. Albors fué un hombre providencial, una gloria de la Iglesia y un timbre de honra para Alcoy.

Concluimos esta biografía, bien convencidos de que el Doctor Mosen Vicente Albors correspondió á su sagrada vocación, sin que sus vastas atenciones industriales hubieran nunca secularizado su espíritu; sino que fiel siempre á los deberes que le imponían su estado de Sacerdote y de Beneficiado, con el respeto y amor de sus compatriotas, y adornado de méritos y virtudes, cerró los ojos á esta tierra, para abrirlos á los esplendores de la eternidad, el día 2 de Enero de 1785, siendo de edad de 66 años.



BIOGRAFÍA
DE
D. PEDRO CORT Y PEROTIN
NATURAL DE ALCOY

Entramos en el estudio de la tercera biografía, y con esto, dejamos cumplido el tema señalado por nuestro Excelentísimo Ayuntamiento. Para llenar este cometido, no hemos elegido, como podíamos elegir, á un eminente diplomático, hombre de Estado; ni á un sabio y distinguido escritor; ni á uno de tantos misioneros que en alas de su caridad, volaron hasta las estremidades del orbe para llevar las luces de la fé y de la civilización á razas embrutecidas y salvajes. Sino á un distinguido compatriota, hombre de ciencia, conocido tan solo de los que de cerca le habian podido apreciar; á un profundo conocedor de las leyes mecánicas que admiró á propios y extraños con sus inventos; á un químico de vastos conocimientos; á un industrial honradísimo; cristiano esposo y padre de una numerosa y distinguida familia. Tal fué D. Pedro Cort Perotin. Su partida de Bautismo, extendida en uno de los libros Sacramentales de la parroquia de Santa María de Alcoy, que comprende los años de 1789 al 1793, dice así:

“Dia ocho de Agosto de mil setecientos noventa y tres, el infra firmado Vicario de Alcoy, bauticé según ritu de la Santa Iglesia á Pedro Lorenzo Cort, hijo legítimo de Pedro Cort, del lugar de Clairach, Obispado de Beziers en Languedoc, y de Margarita

Perotin de Alcoy, consortes: Abuelos paternos, Mateo Cort y Juana Combesure, de Clairach; Maternos, Gregorio Perotin, del lugar de San Galmier, Obispado de Lyon, provincia de Vafore, y Claudina Gracion, de la villa de Macon, Obispado de la misma Macon. Padrinos, Lorenzo Colomina y Claudina Gracion, vecinos de Alcoy, á quienes advertí el parentesco y demás obligaciones.—Nació á las siete de la mañana del propio día.—Dr. Juan Bautista Arcaina, Vicario.

Don Pedro Cort y Combesure, padre de D. Pedro Cort y Perotin, á quien dedicamos el presente estudio biográfico, fué hábil formaire ó constructor de moldes para hacer papel, gozando en el ejercicio de su industria merecido crédito; distinguióse además por sus excelentes prendas morales, siendo como su esposa, tipos dignos de los tiempos patriarcales.

Desde muy tierna edad dedicaron á su hijo Pedro al estudio, y á su tiempo ingresó en aula de Latinidad del Convento de padres franciscanos de esta su patria, en donde hizo rápidos progresos, que acreditaban su aventajado talento.

Pasó luego á Valencia, donde cursó filosofía en la Universidad, y con propósitos de seguir la carrera eclesiástica, fué matriculado en Teología, mereciendo muestras de distinción de todos sus catedráticos, en especial del célebre teólogo Padre Facundo Ciro Vilarroig, de la orden de San Agustín, de quien D. Pedro conservó siempre un recuerdo el más respetuoso.

Principiaba el tercer año de Teología, cuando fué sitiada Valencia por el ejército francés á las órdenes del general Suchet, y formando el joven Cort parte del batallón escolar, tocóle guarnecer una de las baterías y sufrir todas las penalidades de aquel riguroso sitio.

Capitulada Valencia, iba á quedar como sus demás camaradas, prisionero de guerra, pero merced á la perfección con que hablaba el francés, uno de los centinelas á quien dirigió la palabra, hubo de tomarlo por compatriota, y con esta creencia le permitió salir fuera del reducto, y salvado este y luego la muralla, apeló á la huida, trasladándose al seno de su familia.

El forzoso alto hecho en su carrera, y tal vez el deseo de eximirse del servicio militar, tan duro entonces, y que no cuadraba

à su naturaleza, dieron ocasión para que D. Pedro Cort abrazase un estado diferente al que hasta entonces parecía estar destinado, contrayendo matrimonio con doña Francisca Claur, de Boairente. Así vino á ser padre de tan numerosa como distinguida familia, el que de otro modo hubiera sido, sin duda, considerado como una eminencia en el seno de la Iglesia.

Gran parte del tiempo que duró la guerra de la Independencia, fué Alcoy convertido en campo de batalla, siendo alternativamente ocupado por tropas francesas ó por españolas, disputándose el paso en las calles más céntricas que forman la carretera de Alicante; y en esta calamitosa época, era el joven don Pedro el hombre necesario en cuantas comisiones enviaba Alcoy á conferenciar con los jefes franceses por asuntos relacionados con los intereses del procomún, quien ya por hablar el francés como si fuera su idioma nativo, ó por las simpatías que con su preclaro talento sabía captarse, contribuía no pocas veces á que se consiguiesen con más facilidad los fines de su pretensión.

Siendo la disciplina militar francesa, rígida, aun en faltas que á nosotros no nos parecen de tan importante gravedad, el señor Cort tomó la defensa de algunos individuos, lo mismo franceses que españoles, á quienes libró de terribles castigos que infaliblemente hubieran experimentado.

Sobre todo hay un detalle referente á esta época que no debemos omitir. Avanzaba cierto día una columna francesa hacia Alcoy, cerradas sus puertas y escondidos, presa del pánico, sus habitantes, era de temer el furor de los irritados invasores. Dos individuos de la clase acomodada, acreditándose de buenos patrios, concibieron entonces la idea de salir al encuentro del enemigo para atraerle á benigno comportamiento, y solicitaron de D. Pedro Cort que se les asociase. Aceptada por éste la propuesta, dirigiéronse los tres hacia la puerta de Algezares, siendo las únicas personas presentes entonces en todas las calles de la población.

Pronto el crujir de las puertas bajo los golpes del hacha les anunció la presencia del enemigo, cuyas primeras filas vieron luego aparecer con las armas preparadas y aspecto el más amenazador. Los momentos eran de prueba, mas no desmayaron los

generosos intermediarios. *Par ici, par ici*, gritó el Sr. Cort, *il y a long temps que nous vous attendons*, con cuyas palabras logró hacerse oír de los invasores, para darles seguridades respecto á la actitud pacífica del vecindario y librar á éste de desastres que parecían inminentes.

En un principio se ocupó D. Pedro, como su padre, en la construcción de moldes para hacer papel de tina, pero muy pronto aportó á esta industria sus extensos conocimientos en las ciencias físicas y mecánicas, introduciendo mejoras de cuantía así en los medios para elaborar los moldes, como en los mismos artículos para la elaboración.

Las telas metálicas para moldes de vitela, hasta entonces se elaboraban á mano ó venían del extranjero, pero D. Pedro inventó y construyó para realizar aquella operación un ingenioso telar mecánico con el que además de salir más perfectas las telas, se conseguía ahorro considerable de tiempo y de coste en el producto.

En 1829 adoptó el Real Gremio de fabricantes de paños las primeras máquinas de filaturas de lana del sistema Cockril, aportadas de Bélgica, las que introducían un cambio radical en los trabajos, sustituyéndolos por los hechos hasta entonces á mano; y D. Pedro Cort fué encargado por el Real Gremio para montar y dirigir las operaciones en las nuevas máquinas. Cuando tuvo discípulos con capacidad é inteligencia para llevar adelante este nuevo invento, dejó esta ocupación, y merced á sus vastos conocimientos químicos, tomó á su cargo la dirección del tinte llamado del Oficio, montado con fondos de la Real Fábrica, de la cual quedó consultor obligado en las dificultades que se presentasen, tanto en las máquinas introducidas, como en las nuevas que se iban aportando.

Por este tiempo fundó la Real Fábrica de Paños la Escuela Industrial, con real aprobación, y nombró por uno de sus catedráticos al que lo era de Teología en San Fulgencio de Murcia, el Dr. Mosen Gregorio Gisbert Vilaplana, compatriota nuestro y Beneficiado de la parroquia de Santa María; y para otra cátedra á D. Juan Subercase.

Estos eran dos varones eminentes en ciencias; el primero fué

propuesto para Obispo de Gerona, pero la muerte se adelantó á su preconización; el segundo desempeñó algunos años el importante cargo de Director de la Escuela nacional de caminos, canales y puertos. De estas eminencias en las ciencias, necesitaba D. Pedro para solazar su vasta inteligencia, con estas dos notabilidades tenía íntima y frecuente comunicación, y sin embargo, también tenía sus delicias en hablar con los niños, en comunicarse con los jóvenes, en particular estudiantes, en tratar con los sencillos y humildes.

Mas en donde dió pruebas de su vasta capacidad y conocimientos fué en la fabricación de cardas, á cuya industria se dedicó más tarde. Las operaciones para la elaboración de este artículo, se hicieron siempre á mano, y D. Pedro que tenía noticias que existían en el extranjero máquinas para dicha fabricación, supo construir por un sistema suyo especial, máquinas tan admirables, que durante muchos años han constituido un objeto de curiosidad para los forasteros, hasta los más entendidos y de elevadas categorías; y siendo muchísimos los que las han visitado, todos han salido admirados de la precisión y velocidad con que instantáneamente hacía distintas operaciones con la mayor perfección. Así es, que las cardas del Sr. Cort gozaron de general y merecido crédito en todos los puntos fabriles de España.

Empero, el hecho más brillante de la vida de D. Pedro Cort, fué su feliz invento de la máquina para hacer cigarrillos de papel. Esta maquinita (porque era de reducidas proporciones) sorprendió á los mecánicos más inteligentes. Muchos aun pueden recordar la visita que hizo á esta ciudad el Gobernador de la Provincia, y la que efectuó á la casa de D. Pedro para presenciar, en compañía de la Comisión de Hacienda, del Ingeniero provincial, de varios funcionarios y otras personas distinguidas, el ensayo de la interesante maquinita. Expuesto después aquel ingenioso invento para que lo vieran todas las personas que lo desearan, en particular los constructores y aficionados á maquinarias, fueron muchos los que acudieron, causando en todos la mayor admiración.

La maquinita del Sr. Cort, coge el papel, lo dobla, deja caer en él la picadura, la envuelve y hace las cabeceras de los cigarri-

llos, dejándolos caer con tanta prontitud y precisión matemática, que de no verse más que los efectos, creeríase que quien tal hace es, más que un mecanismo, un ser dotado de inteligencia, frases muy repetidas en los sorprendentes efectos de la máquina de cigarrillos, como también en la de las cardas. Pudiendo también decirse, que el que ha dado cima á los problemas que en dichas máquinas aparecen resueltos, podía, á haberse empeñado, haber también dado solución á los más transcendentales de la mecánica.

El ensayo antes referido de la máquina de cigarrillos, repitióse poco después en Madrid, á presencia del ministro de Hacienda y de otras personas de distintas categorías é inteligencia en mecánica, que se deshicieron en elogios del Sr. Cort. Sin embargo de un invento como el que nos ocupa, que en otros países hubiera proporcionado al autor las más pingües recompensas, no ha reportado al Sr. Cort positivas utilidades. Y es que en España, como lamentándose de este hecho, escribía el Sr. Parera y Cort, sobrino de D. Pedro: "á pesar de nuestros alardes de patriotismo, padecemos intermitencias de apatía en lo que se refiere al orgullo nacional., (1)

Esta invención tuvo su resonancia en el extranjero, así es que don José Susini, opulento capitalista francés, y Gerente de la gran fábrica de tabacos y de cigarrillos, titulada *La Honradez*, en la Habana, vino á esta ciudad, acompañado de un secretario y criado, para tratar de la compra de la máquina de cigarrillos, con su inventor, y al efecto, después de haberse anunciado, visitaron al Sr. Cort en su propia casa, en donde vieron funcionar la máquina; pero ni al Sr. Susini, ni á su secretario les satisfizo el rápido movimiento de la máquina, ni la cubierta que reservaba su mecanismo, y D. Pedro que no desconoció desde aquel mo-

(1) Las máquinas del Sr. Cort, necesariamente suprimían miles de operarias en las fábricas nacionales de cigarrillos, y con esta previsión, en el mismo acto del ensayo en Madrid, ya hubo demandas para que no se introdujeran dichas máquinas en tal ó cual fábrica (cada interesado pedía en favor de su distrito); y esto unido á los cuantiosos gastos que el Gobierno debía hacer en la construcción de multitud de máquinas, todo contribuyó á que D. Pedro se quedara con su invento muy alabado por cierto, pero sin el premio al talento que no debiera haberse omitido.

mento las intenciones que estos señores pudieran abrigar; contestó, que todos sus deseos quedarían satisfechos cuando se ultimase el trato. Llegaron á ofrecer una cantidad por la propiedad de la invención, cuyas condiciones no convinieron á su inventor.

Fuéronse los extranjeros á Alicante, de donde escribieron varias cartas sobre el particular, y por contestación fueron personalmente á Alicante D. Pedro y D. Carlos, hijos del inventor, y allí se convencieron de los fines que llevaban los extranjeros, al saber con certeza que el Secretario del Sr. Susini era un ingeniero francés, y el que figuraba ser criado, un práctico constructor de máquinas, belga. (1)

Dijimos al principio que D. Pedro Cort poseía la lengua francesa como nativa, y nada tenía de extraño, pues que la había oído hablar desde la infancia y aprendido en su casa de sus mismos padres, perfeccionándola luego con el estudio. También el idioma del Lacio lo traducía, hablaba y escribía con una facilidad y corrección, que admiraba á sacerdotes versados en el latín. Muchas veces le oímos pronunciar trozos de La Eneida de Virgilio, de odas de Horacio y de otros clásicos latinos, con una expresión y conocimiento que hacía inteligibles las frases y figuras más difíciles. Los libros de su devoción eran en latín; decía que la lengua castellana, aunque hermosa y expresiva, en materia de devoción no le hacía sentir tanto como la latina. Todos los esfuerzos que hemos hecho para encontrar algunas composiciones latinas, en prosa ó verso, que solía escribir cuando le brindaba la oportunidad y entre personas que podían entenderle, han sido sin fruto. La única muestra que podemos presentar nos la ha facilitado su familia.

(1) El gerente de la gran fábrica *La Honradez*, llegó á ofrecer á D. Pedro Cort 40.000 duros por la propiedad de la invención, con un determinado número de máquinas además, pero las condiciones y plazos que fijaron los compradores, no convinieron á D. Pedro.

Algunos años después se dijo de público, que D. José Susini, hijo y Gerente de la gran fábrica *La Honradez* en la Habana, estaba procesado en París, y D. Luis Susini, padre y propietario de la gran fábrica, había muerto en Nueva York en la mayor miseria. Así terminaron, según se dijo, los que en los días que permanecieron en Alcoy no cesó un momento el telégrafo de funcionar por su cuenta; y según palabras suyas, el presupuesto de gastos ordinarios de su casa de París, era de 225,000 francos anuales. No deslumbraron al talento de D. Pedro tan aparentes grandezas.

Habia condescendido, á instancias de ésta, que le retratasen, y cuando le presentaron las fotografías, dedicó una á un sacerdote amigo suyo, Beneficiado de Santa María, escribiendo al dorso, y de su mismo puño, los siguientes versos:

“Ab initio mundi Sol apparebat viator
Circulum immensum die noctique perecurrens,
Copernicus tamen misertus tanti laboris,
Voluit esse fixum eique donare quietem.

Beatus exinde in alto solio sedens
Sidera cœlumque regit ac nutu gubernat.
At physica recens, vidit manentem in otio
Pictoremque fecit æmulumque Rubensci.
Phœbus inde pictor: Senis in tergo depictus
Ipsius est opus. ¡Quantum mutatus ab illo.,” (1)

Nada de extraño tiene que D. Pedro Cort aprendiera en su juventud los idiomas francés y latino; lo extraño fué que á los setenta años se empeñara y lograra traducir con perfección la lengua inglesa.

Con motivo de presentar la máquina de cigarrillos al Gobierno, fué á Madrid por los años 1862; y allí se relacionó con diferentes personas científicas, pero muy particularmente contrajo íntima amistad con el Conde de Ripalda (competente en ciencias y en lenguas, por cuyos conocimientos había sido empleado repetidas veces por el Gobierno en asuntos internacionales) quien

(1) Ponemos como nota la traducción castellana que el malogrado D. Miguel Parera y Cort, profesor de Latín, Francés é Inglés, sobrino de D. Pedro, hizo de estos versos de su tío:

Lanzado en un perpétuo movimiento
Para engendrar con él la noche y día,
El Sol desde un principio recorría
Rápido la extensión del firmamento.
Copérnico, movido á sentimiento,
Al padre de la luz de tal porfía
Quiso librar; y en la región vacía
Fijóle inmoble y perenal asiento.
Mas después de tal ocio, poner punto
Plugo á la ciencia con mejor consejo
Y de un Rubens le dió genio y estilo;
Y obra del Sol-pintor es el adjunto
Atildado retrato de este viejo.....
¡Quantum mutatus est, quantum ab illo!

al despedirse le regaló como recuerdo, varios tomos de una Revista ilustrada con hermosas láminas de gran tamaño, representando las más importantes máquinas inventadas en los últimos veinte años, editada en Nueva York y escrita en inglés. Y como don Pedro Cort no tenía en su librería ningún libro que no hubiera leído, y nos atrevemos á decir, que no supiera literal ó sustancialmente de memoria; antes de colocar dichos libros en los estantes, adquirió una gramática y diccionario inglés y á los pocos meses ya traducía admirablemente.

Tal vez parecerá exagerado el supuesto de que D. Pedro Cort sabía de memoria, ó cuando menos sustancialmente, lo que había leído, pero cuantas personas le habían tratado con intimidad, todas así lo creían: y en prueba de su asombrosa y firme memoria, vamos á referir lo que puede asegurar quien aun vive y fué testigo.

El año 1852 estuvo D. Pedro en Valencia, y como siempre fué amante de los jóvenes, visitó el Seminario Conciliar y sorprendió en su cuarto á un seminarista de Alcoy. Cruzadas las primeras impresiones, le preguntó por el autor que servía de texto, y le presentó el tercer tomo del P. Perrone, leyó un poco y dijo que era latín Ciceroniano. Preguntó por el tratado de Teología que estaba estudiando y le dijo que el de *Incarnatione*, enseñándole al mismo tiempo la proposición que había dado aquella mañana, la leyó y dijo: parece que aun recordaría textualmente esta proposición, según la presenta el P. Vilarroig, autor de la obra de texto y á la vez mi venerado Catedrático y principiando, dijo toda la proposición con un latín claro y correcto, de tal manera, que conocida la veracidad de D. Pedro, no dejaba lugar á vacilaciones. Quien después de 42 años (cursaba esta facultad el año 1810) de haber estudiado en latín una materia que no tuvo relación con los estudios ú ocupaciones ulteriores de su vida, aun sabe repetirla literalmente, en el año 52, puede decirse que conservaba en la memoria cuanto había leído, y con su claro talento hacía uso cuando la ocasión le brindaba.

En materias filosóficas ó literarias no estaba menos versado D. Pedro Cort. Cuantos han tenido el gusto de oírle hablar de la conciliación ó armonía de los descubrimientos geológicos

modernos con la cosmogonía revelada en el Génesis, no pueden olvidar la sublimidad de conceptos que fluían de sus labios, aduciendo pruebas de naturalistas franceses ó alemanes, católicos ó protestantes, que inclinaban sus frentes ante la divina Revelación de Moisés. Del modo que Newton contemplaba á Dios al través de las leyes físicas, y admiraba Cuvier en los descubrimientos geológicos el sello divino del libro de Moisés, así el señor Cort, tanto como en la naturaleza íntima del hombre y en las verdades consagradas por la ciencia, veía hasta en las más mínimas particularidades de la creación, una confirmación, la más elocuente de las verdades fundamentales del cristianismo.

“*La raison nous met au pirronisme,*” solía decir con frecuencia, repitiendo la frase de un profundo pensador francés; y por su parte solía acreditar aquella verdad cuando venía el caso, haciendo uso de razonamientos é imágenes tan sencillas como elocuentes.

Sus hábitos no podían ser más apacibles. Raras veces había sido visto D. Pedro en paseos y en teatros, pues nunca ponía el pie fuera de su casa sino para ir al templo ó á visitar alguna persona de su intimidad. El tiempo lo consagraba casi por completo al estudio y á la meditación. Con arreglo á su divisa “*non multa sed multum,*” hacía uso de pocos libros que mantenía constantemente sobre su mesa, siendo de notar, que entre ellos no faltaba nunca, el que tanto por su estilo como por su profunda filosofía tenía en el mayor concepto. Este era el libro de la Imitación de Cristo del P. Kempis.

Su carácter era sencillo y su trato afable por extremo; raras veces hablaba de faltas ajenas, las que callaba ó procuraba ocultar, porque decía que debía aprenderse en lo bueno. Si alguien en su presencia manifestaba algún hecho reprobable, sin defender el delito, siempre encontraba razones para atenuar la culpa del delincuente.

Estaba enfermo, pocos días antes de morir: y con aquella conversación siempre instructiva con que sabía encantar, refería á un amigo cosas de su juventud.

“Siendo joven y en la primera época constitucional, le decía, me adherí con entusiasmo á este sistema, no medité en sus consecuencias, fui liberal de buena fé; me impresionaban los atrope-

llos que se atribuían al Absolutismo como á la Inquisición, que luego conoci estaban los más escritos en tinta sectaria y política. Cuando desde lejos vislumbré el torrente de libertades que consecuentemente habian de venir, como son libertad de imprenta, de asociación, de conciencia, sufragio universal y otras y otras, me arrepentí de haber contribuido á abonar aquella semilla, así como siento mucho conocer á tantos hombres honrados y de sentimientos católicos que aún continúan ciegos.,,

Tal es la biografía de D. Pedro Cort y Perotin, compuesta con datos recogidos de su propia familia, de amigos que le trataron de cerca, observaron sus morigeradas costumbres y oyeron de sus labios algunos conceptos que hemos aprovechado: de la necrología consignada en un diario de la localidad, y de comunicaciones íntimas que con él tuvimos en diferentes tiempos de su vida. Agravado en su enfermedad y recibidos con manifiesta devoción los últimos Sacramentos, murió en el ósculo del Señor el día 15 de Marzo de 1871, á la edad de 78 años, acompañado de las respetuosas simpatías de cuantos le conocían. En tan insigne varón perdió su familia un padre cariñoso; la ciencia uno de sus más inteligentes adeptos; la ciudad de Alcoy un hijo esclarecido.



